intervalo ALBUM



Escena de la película "El coleccionista"

10 OBRAS COMPLETAS de

Eça de Queiroz • Stendhal • Agustín Fontanella • Osvaldo Moro

Ken Bald • Gonzalo Hernández • Pedro M. Mazzino

Cristóbal M. Paz • William Faulkner • Alfredo Julio Grassi

sumario



intervalo ALBUM



tres tiempos de lluvia

Por PEDRO M. MAZZINO

Intervalo Álbum 120 - XV- 2/1966

DIBUJOS DE O. MORAGA

Eras una mujercita dulce, con la justa timidez que, aún entonces, resultaba insólita...

¿Usted pinta?

SÍ. Me especializo en retratos.

Alguien nos había presentado en esa fiesta que me pareció sosa hasta que tus ojos estuvieron acariciando los míos...



Tu voz, aún en contra de mis ideas, dibujó una imagen en mi mente: alas de palomas surcando un cielo sin vientos...

Pues yo sí. La técnica ha evolucionado y una buena fotografía puede captar el alma de una persona.



Eras la prueba para explicar lo que quería que supieras...

No es lo mismo. Una fotografía es capaz de captar un gesto, un sólo instante del alma. Parcializa la verdad. Podemos probarlo.



Salimos al jardín. Al amparo de una noche inmensa, sin Luna pero llena de estrellas, te pregunté:



SÍ. Quédese como quiera. Siga hablándome. Trataré de bosquejar su rostro.





Desde el salón, tamizándose entre los árboles, llegaba una música ténue, fragil, como tú. Eras hermosa lo dije, pero también tímida. Y, acaso, por serlo, te reconocías algún defecto. Por eso estabas nerviosa, pensando que tal vez mis ojos escrutadores destacarían la imperfección.





Entonces analizamos la imagen grabada en el papel. Hablamos de tu mirada, de tu boca, de la línea de tu rostro dulce. Comenzaste a entender la diferencia entre una fotografía y una pintura capaz de representar las tonalidades de un alma. Yo comprendí que me gustabas y que podía llegar a amarte.







Hubiera querido guardarte a tí, para siempre. Pero eras tímida y contagiabas, pura y podías interpretarme mal. Callé el deseo y regresamos al mundo. Ahora la música había cambiado. O quizá había cambiado mucho antes. Lo cierto fue que en el jardín siguió escuchándose el eco de aquella que marcó nuestra soledad.









El estar juntos era hermoso, pero no pude decírtelo. Alguien pronunció tu nombre, llamándote y adiviné algo que quizá no era verdad: tu deseo de quedarte conmigo.



Contestaste demasiado rápido. Si hubiera conocido menos tu pureza, te habría entendido mal. Pero eras pura, limpia, incapaz de jugar al turbio suspenso de la coquetería...

Entonces será mañana. A las siete de la noche en...











Sólo pinto lo que veo. Debe tenerlos, Vera.

Tiene usted una gran cualidad, Sergio: halaga sin halagos.







¿Casualidad? Destino. El milagro pudo ser. Ella logró que el olvido se volviera presencia. Lo demás fue como son todos los romances legítimos del mundo. No hubo imposibles, ni lluvias. O sí. Lluvia hubo una vez. Fue por la noche, luego de que juntos dijéramos un sí ante la verdad suprema, ante un altar lleno de claveles blancos...



Luego de una reunión simple e íntima. Cuando un tren lanzó un bramido y se arrojó a la noche sin estrellas y llena de lluvia.

¿No olvidamos nada?

¿Estamos los dos? ¿Entonces qué podríamos olvidar?

Egidio Esteban/2019


Nada. Pero recordé otra lluvia y una suerte contraria. Y te busqué en el bosquejo de aquella noche del jardín que llevaba entre mis cosas de siempre...
¿Qué buscas?


Esto. Míralo.


Ella te miró y creyó verse...
¿Cuándo lo hiciste? Me diste todos los dibujos, pero éste no lo conocía.


Iba a ser ella, pero eso que había ocurrido; el regreso de tu rostro de la primera vez, hizo que fuera algo más. Son parecidas, pero no iguales. Ella notó la desemejanza...
¿Son míos estos labios? ¿Esa frente? Ahora entiendo por qué no me entregaste este dibujo; no salí como soy.


Esa mujer no eres tú, Vera. Es otra.
¿Quién?


¿Por qué mentir? Había sido demasiado limpio como para mancharlo con una mentira o, aún, con la omisión de una verdad...
Es otra tú, pero que no fue.


Comprendió en seguida, porque era la verdad. Y preguntó hasta el límite de lo indispensable, porque sabía que también eso que nos unía era verdad...
¿Sabes una cosa? No me enojo, ni estoy celosa. Es más, me gusta que haya pasado algo así. ¿Puedo pedirte algo, Sergio?
Pide.


Seamos siempre así, ¿quieres?
Quiero, porque te quiero, Vera.


El milagro estaba. Y tú, trasfundida en ella, viniste conmigo en ese viaje de novios que comenzó en una lluvia parecida a la otra que te había alejado.


Entonces dudé si acaso no eras ella, o ella tú, o las dos una. La misma, que se presentó dos veces para que en el lapso de ausencia aprendiera a amarla, sabiendo cómo podría ser de triste la circunstancia de perderla.


Ha pasado el tiempo. Hoy es verano, un verano lento y pesado. Vera está abajo, con los chicos. Acabo de levantarme y a pesar de la ducha fría, la pesadez del día me ha atrapado...
(Será una jornada bochornosa...)


(¡Ni una nube! La ciudad será un pozo caliente y habrá que asarse en el estudio.)



(¿Dónde diablos estará mi corbata azul?)
¿Has visto mi corbata azul, Vera?
Vuestro padre jamás recuerda donde deja sus cosas por la noche. ¡Ya subo a buscarla!
Aquí la tienes, justo donde la dejaste ayer.
Eres un ángel, querida.
No sé que haría sin ti.
Acaso recordar dónde están tus corbatas.
Volvió a los niños y me dejó pensativo. Es la misma Vera de antes. La misma dulzura habita en sus ojos claros y en sus manos que mueven la casa, ese mundo suyo y mío que la ocupa el día entero...
(Estuve muy atareado este último tiempo. Debo de apurar nuestras vacaciones. Vera las merece.)
Entonces miré el reloj...
Llegaré tarde. Tengo una entrevista a las nueve. ¿Está el desayuno, Vera?
No. Los chicos están terribles esta mañana. Si esperas, lo prepararé en seguida.
¡Sabes que no puedo esperar!
¡Entonces vete sin tomarlo!
¿No nos das un beso esta mañana, papá?
Tienes razón, Pablo.
Después de todo, ustedes son lo mejor de esta casa.

Abrí la cochera y subí al auto. El ruido del motor ocultó el otro ruido de los pasos de Vera que llegaban en mi búsqueda. Cuando me alejaba alcancé a ver sus ojos que no pudieron, porque yo no lo quise, dejar en los míos una disculpa por la agria discusión que acaso había iniciado mi malhumor.



Un malhumor que se deshizo apenas estuve en la avenida bordeada de casas alegres y jardines floridos...

(Debí despedirme de Vera. Dos niños y una casa justifican con holgura un desayuno atrasado...)



Después entré a la ciudad llena de gentes y cargada de verano. El día iba a parecerme largo en la oficina, a pesar del aire artificial y las cortinas que creaban un muro entre el trabajo y la calle...



La entrevista larga profundizó mi hastío. Cuando concluyó, me sumergí en mi trabajo, buscando en vano una idea para satisfacer las exigencias de una de las empresas que nos confiaba la publicidad de sus productos.



No es eso. Pensaba en mi casa.

¿En tu casa?

Sí. Los chicos estarán endiablados con este calor y mi mujer deberá extremar su paciencia.



Era verdad. Pensaba en ellos y, sobre todo, en ella. Al llegar, por la noche, vería su gesto feliz, como si nada hubiese pasado esa mañana ni en el resto del día trajinado. Simplemente, se limitaría a contarme sonriente las travesuras de los chicos, sin darles importancia.





Es una suerte tener una esposa buena, sencillamente buena. ¿No te parece?

Seguro. Y tú la tienes, Sergio. Vera es un ángel.





Alcé los ojos y todavía no pensé en tí. Tampoco lo hice más tarde, cuando tras abandonar el estudio marchaba hacia la playa de estacionamiento en busca del auto, bajo las débiles gotas que comenzaban a caer desde un cielo plomizo y presagiante.

Pensé en ti después, cuando la lluvia se desató en torrente, desalojando las veredas y agolpando a los transeúntes en los huecos cubiertos de los negocios...























Egidio Esteban/2019


La felicidad no se puede fingir. Y supe ahí, por causa de esa lluvia que nos volvía a poner frente a frente, que eres feliz. Lo supe en la sonrisa clara de tu niña y en la mirada limpia de tus ojos de siempre.


Acaso supiste que yo también soy feliz, porque adivinaste en mi sonrisa que todo está bien, que la lluvia de aquel día estuvo bien.


Mientras regresaba a casa me fue invadiendo una agradable sensación de paz. Un contento que dejaba atrás el día pesado del verano lento...
(Será una linda noche. La lluvia ha despejado el aire.)

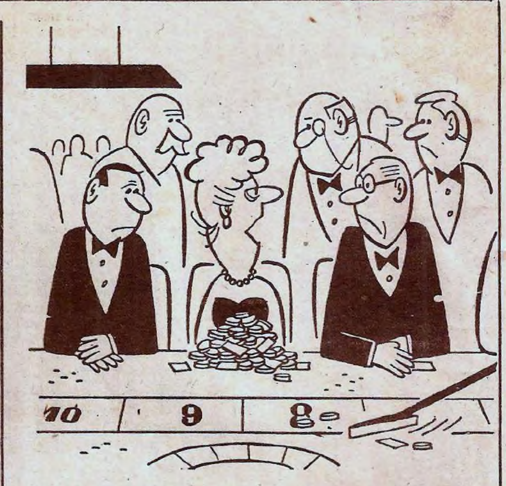

Desde la cochera oí las voces de los chicos y la risa de Vera. Entré y me recibieron tres caras alegres...
Estás empapado, Sergio. ¿Te sorprendió la lluvia?
Hola, papá.


Le contesté después de besarla, con unas palabras que Vera sólo entendería más tarde, cuando los chicos estuviesen dormidos y los dos hablásemos de los sucesos del día mirando las estrellas de la noche mansa.
Sí, pero está bien. Esta lluvia y la otra lluvia estuvieron bien.
FIN

VAMOS A REIR



-Así que lavando las sábanas, ¿eh?



-Ya estoy cansada de esta tontería. ¿Quieren decirme si hay cestos aquí para tirar todas estas fichas que uno gana?



-Tengo que contarte un secreto estupendo, Luisa.



-Bueno, volveré a hacerle otra pregunta, señorita. ¡Ojalá sea la correcta!

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES

Por ALFREDO JULIO GRASSI

DIBUJOS DE ARANCIO

A principios del siglo XVI, cuando en los dominios de España no se ponía el Sol, los viajes ultramarinos se multiplicaron. Y una multitud de hombres heroicos y decididos se lanzó a la conquista de las misteriosas tierras descubiertas por Colón, para honra de sus nombres, gloria de su rey y prez de la religión cristiana.

Por mediación del conde de Lerma, ministro de Carlos V, el monarca autorizó a don Rodrigo de Córdoba a explorar y conquistar las tierras que se extendían entre la margen sur del Río de la Plata y el Estrecho de Magallanes.





Viajaréis hacia un mundo extraño. Cuidad que los hombres que os acompañen sean fieles y de valor.

Ya los estoy reclutando. Me basta que sean buenos españoles deseosos de servir a Dios y a su rey.

Desde el día siguiente, y durante varios meses, pregoneros enviados por don Rodrigo, fijaron bandos en el puerto de Sanlúcar.

Quien busque acrecentar su honra y ganar la fortuna, el galeón "Sacromonte" zarpará rumbo a las Indias.

Pronto coemezaron a llegar voluntarios. El segundo oficial los recibía a bordo. Nuño Dávila era un hombre desdeñoso y brusco.

A ver, bergante. ¿Cómo te llamas?

Pedro de Alventosa, señor. Soy marinero práctico.

¡Todos son patanes del puerto!

No digáis eso, señor. Son hombres esforzados que buscan servir al rey.



El primer oficial de la expedición, Hernando de Sotomayor, antiguo capitán de Flandes, se despedía de sus amigos.

Habéis perdido nuevamente, don Hernando.

El dinero no vale nada, don Carlos. Lo importante es la gloria, la aventura, ¡y en América encontrará a ambas!

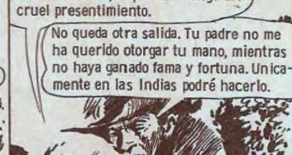
Aquella noche eran muchos los que se despedían.

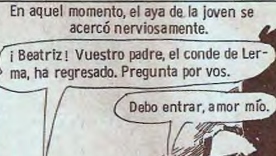
Beatriz...

¡Luis! ¡Por fin! Temía que no pudieras venir ya.

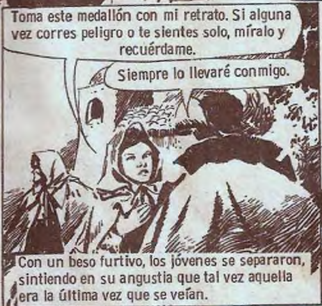
Luis de Alvarado era el último vástago de una noble familia empobrecida durante las prolongadas guerras de Italia.


Los dos jóvenes se confundieron en un estrecho abrazo.
He venido a decirte adiós, Beatriz.
¡No hables, por favor!


¿Es necesario que partas? Tengo un cruel presentimiento.
No queda otra salida. Tu padre no me ha querido otorgar tu mano, mientras no haya ganado fama y fortuna. Unicamente en las Indias podré hacerlo.


En aquel momento, el aya de la joven se acercó nerviosamente.
¡ Beatriz! Vuestro padre, el conde de Lerma, ha regresado. Pregunta por vos.
Debo entrar, amor mío.




Toma este medallón con mi retrato. Si alguna vez corres peligro o te sientes solo, míralo y recuérdame.
Siempre lo llevaré conmigo.
Con un beso furtivo, los jóvenes se separaron, sintiendo en su angustia que tal vez aquella era la última vez que se veían.


Pero no solamente los enamorados trataban de no hacer ruido aquella noche.
¡ Maldito cofre!


La suerte no acompañaba al ladrón.
¡ Oh!
¡ Ladrón ! ¡ Socorro !

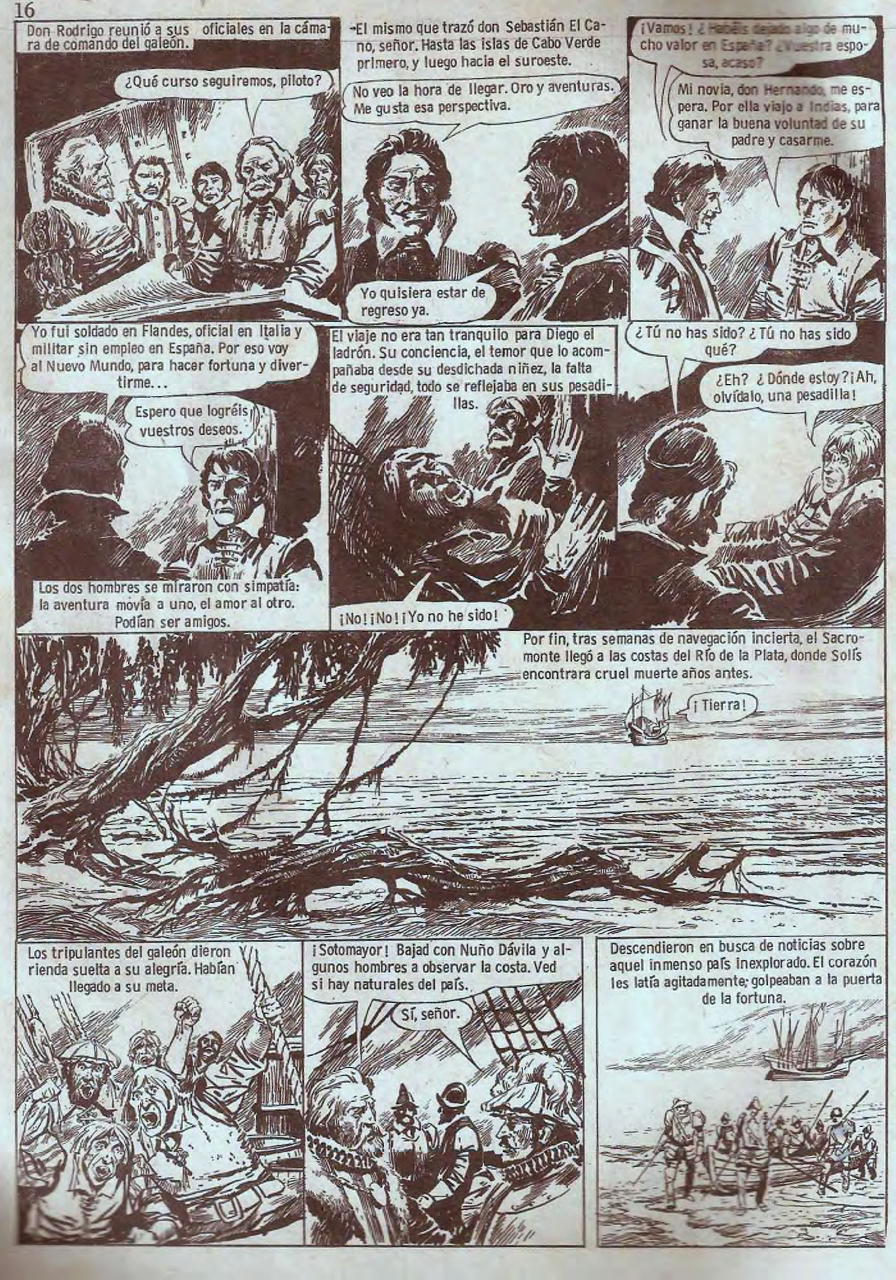

¡Silencio!
¡Socorro! ¡A mí!


El ladrón trató de huir, pero su mala fortuna siguió persiguiéndolo.
¡Alto! ¡Alto en nombre del rey!


Pronto, a las pisadas de los perseguidores, se unieron al sonido de las olas. Diego, el ladrón, huía hacia el puerto.
¡ Allá va! ¡Atención! ¡ Detenedle!


Desesperado, sin aliento, el ratero buscó refugio en el Sacromonte.


¿Habéis visto a un hombre pasar corriendo?
Sí, huyó por el muelle. ¿Qué ha hecho?
La patrulla se marchó rápidamente. El marinero se volvió entonces hacia el oculto ratero.
Ya puedes salir...
No comprendo... ¿Me habías visto?
Sí, pero tranquilízate. En este barco hay más de un colega tuyo. ¿Cómo te llamas?
Diego Tolosa... ¿Vais a América?
Sí, soy Francisco Pérez, el contramaestre, y a ti te conviene acompañarnos. En tierras de Indias, podrás convertirte en un hombre como la gente. Servirás a Dios y al rey y podrás enmendarte.
Tienes razón. Si me permites quedarme a bordo, mañana me inscribiré. Conozco algo de navegación.
¡Magnífico! Baja a la cala y duerme hasta mañana.
Así llegó el momento de zarpar. Una muchedumbre se había agolpado en el puerto para ver cómo el Sacromonte se hacía a la mar.
¡Adiós, amor mío! ¡Dios te guarde!
Hasta mi vuelta, Beatriz.
Los cañones del puerto se unieron a la despedida de aquellos valientes que partían en busca de la gloria o la muerte.
Y así el Sacromonte, llevando a 236 marinos y soldados, zarpó rumbo a las lejanas tierras de América.


Don Rodrigo reunió a sus oficiales en la cámara de comando del galeón.
¿Qué curso seguiremos, piloto?
–El mismo que trazó don Sebastián El Cano, señor. Hasta las islas de Cabo Verde primero, y luego hacia el suroeste.
No veo la hora de llegar. Oro y aventuras. Me gusta esa perspectiva.
Yo quisiera estar de regreso ya.
¡Vamos! ¿Habéis dejado algo de mucho valor en España? ¿Vuestra esposa, acaso?
Mi novia, don Hernando, me espera. Por ella viajo a Indias, para ganar la buena voluntad de su padre y casarme.
Yo fui soldado en Flandes, oficial en Italia y militar sin empleo en España. Por eso voy al Nuevo Mundo, para hacer fortuna y divertirme...
Espero que logréis vuestros deseos.
Los dos hombres se miraron con simpatía: la aventura movía a uno, el amor al otro. Podían ser amigos.
El viaje no era tan tranquilo para Diego el ladrón. Su conciencia, el temor que lo acompañaba desde su desdichada niñez, la falta de seguridad, todo se reflejaba en sus pesadillas.
¡No! ¡No! ¡Yo no he sido!
¿Tú no has sido? ¿Tú no has sido qué?
¿Eh? ¿Dónde estoy? ¡Ah, olvídalo, una pesadilla!
Por fin, tras semanas de navegación incierta, el Sacromonte llegó a las costas del Río de la Plata, donde Solís encontrara cruel muerte años antes.
¡Tierra!
Los tripulantes del galeón dieron rienda suelta a su alegría. Habían llegado a su meta.
¡Sotomayor! Bajad con Nuño Dávila y algunos hombres a observar la costa. Ved si hay naturales del país.
Sí, señor.
Descendieron en busca de noticias sobre aquel inmenso país inexplorado. El corazón les latía agitadamente; golpeaban a la puerta de la fortuna.


Habían hecho tierra en las proximidades de una pequeña aldea querandí.
¿Cómo demonios nos entenderemos con estos infieles?
Si no entienden, les haremos comprender con nuestras espadas, capitán.
Nada de violencias. No uséis las armas a menos que seamos atacados. Recordad que somos pocos y estamos en país extraño.
Un viejo indio se abrió paso entre sus compañeros y avanzó hacia los blancos. De su pecho colgaba un pectoral de oro puro que refulgía al Sol.
¿ Somos amigos, verdad, hombres del gran navío? ¡ ¿Traéis regalos para Omagua?
¡Hablas castellano! ¡Esto es un milagro!
Omagua aprendió hace mucho tiempo con un náufrago a quien salvó la vida.
Debe de haber sido uno de los hombres de Magallanes.
Con voz que temblaba por la codicia, Nuño Dávila habló al oído de Hernando.
Preguntadle de dónde sacó ese collar. ¡Es oro!
Callad. Todo a su tiempo.
Hemos venido como amigos. Queremos reaprovisionarnos de agua y alimentos antes de reanudar la navegación hacia el Sur.
Si sóis amigos, bienvenidos. Vamos a mi aldea.
La aldea indígena recibió cordialmente a los conquistadores.
Esta es mi hija Antara.
Te felicito; es muy bella.
Nuño Dávila no pudo resistir más tiempo la tentación y abordó al viejo Omagua. Necesitaba saber de dónde había salido el oro de su pectoral.
Cuando era muy joven, niño casi, me perdí cazando y después de marchar muchas jornadas llegué hasta un país donde este metal abunda.
¿ Dónde queda?

Muy lejos de aquí. Remontando primero las aguas del gran río y luego caminando hacia donde se pone el Sol. En ese país hay un rey blanco y una ciudad de piedra.

¡Cielos! Será lo que contaron los hombres de Caboto. La ciudad de los Césares... Don Rodrigo debe oir este relato, Sotomayor.

Os habéis apresurado, Dávila. ¿Quieres venir con nosotros al gran navío, Omagua? Te daremos regalos.

Está bien. Omagua no teme a los demonio. del gran navío.

Los castellanos recibieron con curiosidad a los indios.

¡Qué extraños son! ¿Hablan nuestra lengua?

Sí, señor, y tienen importantes revelaciones que haceros.

El indio repitió su relato al jefe de la expedición.

Pero don Rodrigo era un viejo soldado y no confiaba fácilmente en desconocidos.

¿Créeis que dicen la verdad? Estos deben ser los mismos indios que destruyeron la villa de Santa María del Buen Ayre.

Tal vez... Pero podríamos hacer la prueba de encontrar esa fabulosa ciudad llevando al padre y la hija no sólo como guías, sino de rehenes.







La gran aventura comenzaba. Veinte hombres blancos a la conquista de la ciudad de los Césares. Los guardaba la gloria, o la muerte.











Esa noche acamparon sintiéndose agotados. De acuerdo con los cálculos hechos, tardarían otra semana en llegar a la ciudad fabulosa.
Es admirable ver cómo resistís al dolor.
Un soldado debe estar habituado a esas cosas, don Luis; forman parte del oficio. ¿Y vos, cómo estáis?







Al día siguiente, la marcha continuó. Adelante, siempre adelante. Una voz parecía llamar a aquellos hombres desde el fondo de la selva virgen. La fortuna, la gloria, o la muerte.








La bronca voz de los arcabuces resonó en el gigantesco ámbito de la selva americana.
¡Fuego!
Luego, los castellanos se lanzaron al combate cuerpo a cuerpo, que era para ellos el preferido.
¡Por España y por el rey! ¡Adelante!
Huyen, pero debemos darles un escarmiento. Condúcenos a su aldea.
¡No! Son muchos; nos matarían a todos.
Llevado por su natural violencia, Nuño Dávila abofeteó al viejo indio.
Si el capitán ordena, debes cumplir. ¡A la aldea!
Dejadlo, Nuño. No quiero violencias inútiles.
Una llama de odio se encendió por un instante en los ojos del indio y desapareció de inmediato.
Os guiaré, pero dejadme quedar en retaguardia con mi hija. Soy demasiado viejo para combatir...
Como quieras...
La doncella india se acercó a Luis de Alavarado tímidamente, mientras la columna continuaba su marcha hacia la aldea india.
Antara no quiere que te ocurra nada malo.
Gracias, Antara, pero todos corremos peligro aquí.
Una muda advertencia se pintó en los ojos de la muchacha.
Hace mucho tiempo, los hombres blancos que llegaron antes que vosotros, mataron a muchos de mis hermanos. Mi padre os odia.
¿Qué quieres decir? ¿Qué busca en nosotros?
La doncella no pudo seguir hablando con el castellano. Omagua la llamó con voz seca:
¿Qué habrá querido decirme? Hablaré con don Hernando.
Pero no alcanzó a hablar con su jefe. Habían llegado a la aldea indígena.
Allá es. Son grandes guerreros; ten cuidado.
Quédate en retaguardia. ¡Francisco! Custodiad a Omagua y a su hija.
Dejando a Francisco para que vigilara a su guía, Hernando de Sotomayor avanzó hacia la aldea india con el resto de sus hombres. Los ocho arcabuceros abrían la marcha, seguidos por los infantes.
Los indios aparecieron en la entrada del poblado, lanzando escalofriantes alaridos. Una lluvia de flechas se abatió sobre el puñado de hombres blancos.


El estampido de las armas de fuego, que resonaban por primera vez en los oídos de los salvajes, obró milagros.
¡Se retiran! ¡A la carga contra ellos! ¡Por el rey!
El combate fue tremendo. Una docena y media de castellanos contra un centenar de guerreros semidesnudos. Solamente los cascos y las corazas salvaron a los blancos de ser aniquilados.
Poco a poco los castellanos forzaron el paso y entraron en la aldea. Allí la batalla se convirtió en una carnicería.
¡Santiago y a ellos! ¡Viva España!
¡Alto! Dejadles huir. No volverán...
Capitán, Omagua ha desaparecido.
Fueron al sitio donde había quedado el guía. Encontraron solamente el cadáver de Francisco.
Lo asesinó y huyó, pero, ¿por qué?
Hoy su hija trató de advertirme algo y no le hice caso. Temo que el indio haya querido vengar antiguos agravios.
Nuño Dávila pareció enloquecer.
¡Imbécil! ¿Os dáis cuenta que ahora estamos perdidos en la selva, sin guía para conducirnos a destino o para llevarnos de regreso?
Soltadme, Nuño.
Pero Dávila, lejos de serenarse, abofeteó a Luis de Alvarado.
¡Por vuestra culpa, condenado, por vuestra culpa! ¡Hubiérais hablado a tiempo!
¡Maldición!
Los nervios de todos, tensos como cuerdas de una guitarra, estallaron entonces.
Desenvainad y solucionemos esto.
¡Quietos!
Pero estaban demasiado excitados para obedecer al jefe. Pronto un círculo de soldados rodeó a los espadachines.
Dávila era mayor y más experimentado en el manejo de la pesada tizona militar, pero Luis era más ágil y poseía una técnica depurada.


El duelo duró pocos minutos.
¡Aghhh!
Cuando la columna siguió su marcha, quedaban diez cruces señalando el sitio donde reposaban a la espera del Juicio Final los caídos en la jornada. Nadie se quejaba por ello: el camino de la gloria está sembrado de cruces.
Caminaron sin detenerse durante los dos días siguientes. Buscaban orientarse en medio de aquella selva espantosa, pero cuando alcanzaron un turbulento río, comprendieron la verdad. Estaban perdidos.
¿Qué haremos ahora, don Hernando?
Una balsa para atravesar el río. Después veremos.
La férrea voluntad del jefe hizo que los agotados castellados improvisaran una balsa.
Todavía hemos de llegar a la ciudad del oro. Confiad en mí.
Por fin cesó la tormenta y en un claro de la selva acamparon los expedicionarios.
Espero que no se les ocurra a los indios atacarnos ahora, que tenemos los arcabuces mojados.
Shhh... ¿Qué es eso? Parecen truenos... No, son tambores...
Eran tambores. Tambores de guerra que llamaban a los hombres al combate contra los invasores blancos.
La respuesta al rítmico golpeteo del tambor fue una nube de flechas que cayó sobre el campamento.
¡Buscar refugio! ¡Nos atacan nuevamente!
Luego fue como una pesadilla de cuerpos bronceados que caían ante los mandobles de los españoles para ser reemplazados por otros guerreros ansiosos de sangre.
Cuando por fin cesó el ataque, quedaban con vida solamente Hernando, Luis y Diego, el ladrón.
Es imposible seguir. ¡Estamos perdidos!
Yo he marcado con mi puñal los árboles de trecho en trecho. Son marcas profundas; podemos regresar a la costa, capitán.




Aquellas fueron las últimas palabras del desdichado. Una flecha surgida de la espesura se clavó en su corazón.
Salgamos de aquí.
Caminaron. Caminaron... Buscaban el río que los llevaría hasta el Sacromonte.
¡No resisto más, don Hernando! ¡Seguid sin mí!
Tonterías. Apoyaos en mi brazo.
Casi sin darse cuenta llegaron hasta el río que habían cruzado aquella mañana.
Este río debe desembocar en el que los indios llaman Paraná, donde nos aguarda el Sacromonte.
¡Ved! ¡Un bote indígena! Pero es demasiado pequeño.


Los dos castellanos observaron la piragua: en ella no había sitio más que para uno solo.
Embarcad Yo seguiré por la costa
De ninguna manera, capitán. Sois el jefe. Debéis regresar vos. Yo caminaré.


Hernando no perdió su tiempo en discutir. De un golpe desmayó al joven y lo depositó suavemente en la piragua.
Buen viaje, y mis saludos a tu Beatriz.


Ahora estoy preparado para lo que venga.
No tuvo que esperar mucho tiempo. Rumor de pies descalzos entre la espesura le reveló que su hora había llegado.


Los salvajes atacaron valerosamente, y el castellano los esperó a pie firme.


Pero todo era inútil y Hernando de Sotomayor lo sabía. Su única posibilidad era morir como había vivido: luchando con honor.


Cayó al agua turbulenta del río y flotó boca abajo, tiñendo el líquido de rojo. Los gritos de los indios lo siguieron, pero ya no pudo oírlos.



Cuando Luis recobró el conocimiento, era de noche. La piragua flotaba dulcemente rumbo a la desembocadura del río.
¡Dios mío! ¡Se sacrificó por salvarme!
A bordo del Sacromonte cundía el desaliento.
La tripulación está inquieta. Los indios nos han atacado dos veces. Además, no cumplimos con las instrucciones dadas por Su Majestad de navegar hacia el Sur.
Lo sé. Esperemos un día más. Alguna noticia de don Hernando me llegará.
Al día siguiente se aprestaron para proseguir viaje.
¡Izad las velas!
En el momento en que el navío zarpaba, un grito atrajo la atención de todos.
¡Ese bote! ¡Trae un hombre blanco en él! ¡Un cristiano!
¡Echad anclas! ¡A la maniobra!
Luis de Alvarado se había salvado milagrosamente. Enfermo, agotado, pero con vida.
Han muerto todos, señor. Hemos sido derrotados por la selva; los indios y las mentiras de Omagua. No existe la Ciudad de los Césares. Todo fuę inútil.
Una mirada profética iluminó los ojos del viejo soldado de Castilla.
Yo no diría tanto, don Luis. Hemos venido a estas tierras a buscar algo más que ciudades de oro. ¿Acaso creéis que debemos darnos por vencidos y regresar a España?
¡Oh, no, señor! Yo deseo continuar adelante, aunque yo no estoy seguro de mis razones.
¿Queréis que os las diga? Es sencillo y hermoso, don Luis. Gracias a la sangre que Castilla pierde en estas tierras. Gracias a la desesperación y la muerte de todos los que buscan en este Continente algo más importante que el oro, muchos sin saberlo siquiera.
Algún día en América habrá pueblos, y ciudades, y naciones. Y habremos entregado para gloria de Dios, un nuevo mundo amplio y generoso a la Humanidad.
Así eran esos hombres. Heroicos, hechos de sangre y acero. Así era esa tierra. Profunda, misteriosa, a veces cruel, siempre incitante. El escenario estaba preparándose para que la Historia jugara en él su centenario tema hacia el futuro. Un futuro de glorias y sufrimiento, de bienestar y esperanza.
FIN

SONRÍA



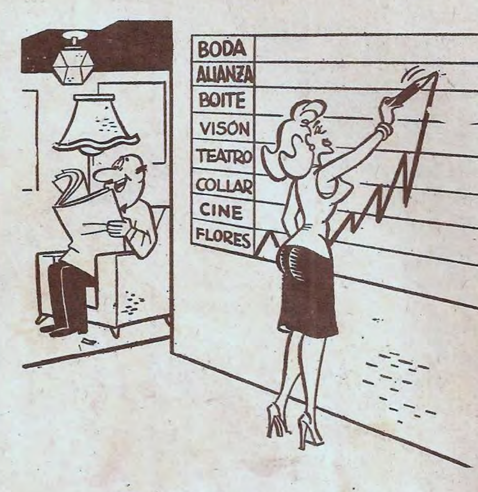
-¿No les dá verguenza haber dejado solo al pobrecito? Ya verán cuando los denuncie.



-¿Desde cuándo siente esa sensación de vive a cuerda, señor?



-Cambia otra vez de lugar esa piedra, querido. ¿Y si el árbol lo pusieramos aquí?



-¿Qué tal siguen tus relaciones con Jorge, hija mía?

Intervalo Álbum 120 -XV- 2/1966

Dr. KILDARE

en: AMOR MATERNAL

POR KEN BALD











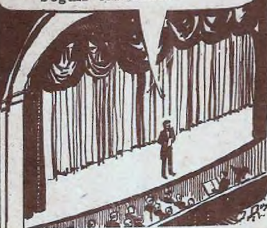






María no sólo era hermosa, sino que tenía la voz más gloriosa del mundo. Prepárate para una velada encantadora, Jim.


Aunque te cueste creerlo, Jim, alguna vez tuve tu edad. Y me enamoré perdidamente de María Weber. Eso sucedió en Viena.
SAMSON DELILAH
Tenía una voz maravillosa. Y, por lo que he oído, ha mejorado con los años.
María Weber
¡Chiiist!
¡Oh, lo siento!
Mi conocimiento de Sansón y Dalila es muy escaso, señor, pero creo que su María Weber no ha entrado a tiempo.
Mientras el director eleva su batuta..., por tercera vez...., la gran diva comienza a cantar.
¿Qué le pasa a María? No sigue el compás de la orquesta...
¡Ha dejado de cantar!
Una mirada de horror nubla el rostro de María Weber.
...y, de pronto, la gran cantante abandona presurosamente el escenario.
Dice que se llama Leonard Gillespie, y que es un viejo amigo.
¡Ya te dije que no quiero ver a nadie! ¿Leonard? ¿Has dicho Leonard Gillespie? Sí..., sí... ¡Quiero verlo! ¡Ahora! ¡Ahora!







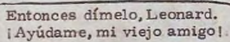












María..., estás leyendo mis labios, ¿verdad?

¿Cómo... cómo lo sabes..., Leonard?


María Weber es la famosa cantante, doctor Ryson. Ella cree que se está volviendo sorda.
Y comete la tontería de avergonzarse al admitirlo.


Yo creo que la vanidad causa más daño que un bacilo infeccioso.


La señora Weber está aquí, doctor.


Era María Weber la que entraba allí. ¿Conoces a la famosa estrella de la ópera? ¿Crees que tiene alguna dificultad con su oído?
DEPT. OTOLOG
Supongo que sí. Si no, ¿por qué se metería a hurtadillas en el consultorio de un otólogo?


¿Es otoesclerosis, doctor?
¿Cómo podría una soprano conocer esa afección por su nombre, María?


Lo sé todo, Leonard. La otoesclerosis es la formación de un hueso esponjoso en el oído interno, ¿verdad?
Bien, mi querida María. ¿De modo que no estás en absoluto preocupada por la posibilidad de sufrir de sordera?


Mi querido Leonard, he tenido veinte años de triunfos, fortuna y excitación. Y si debo abandonar la ópera, lo haré llevando hermosos recuerdos.


¿Qué grado de gravedad, doctor Ryson?
¿Gravedad, Leonard? Esa mujer está perfectamente bien, créamelo.


Pero..., ¿ y su sordera?
No está más sorda que yo..., o que el joven Kildare.


Llévame a High Hopes. Y quiero llegar allá cuanto antes, Charles.
Sí, señora.
Haz lo acostumbrado cuando lleguemos, Charles.
¿Detener el coche junto al portón, y que madame entre a pie a la casa?
Sí... Ella esperará eso.
El otólogo doctor Ryson acaba de examinar a la famosa diva María Weber.
¡Usted no habla en serio, doctor!
No suelo bromear acerca de la sordera, Leonard. No, su encantandora señora Weber no tiene problemas auditivos. En absoluto.
¡Pero si interrumpió una actuación en escena porque no podía oír la orquesta! Y..., estoy seguro de ello..., María ha aprendido a leer los labios.
Mientras, en High Hopes, la casa de campo de María Weber...
Amor mío..., lamento haber llegado tarde.
¿No le importa si trato de averiguarlo, señor?
¿Por qué habría de fingir María estar sorda, Jim? No se explica.
Bueno, si se refiere a una María Weber, que esa una una señora alta y hermosa, que habla con acento extranjero, es la que alquila la vieja mansión Blaine.
¿Está la señora María Weber? Le he preguntado si está la señora María Weber.









¡Oh, señora Weber! Pasaba por aquí, y esta señorita..., cuyo nombre no sé..., fue lo bastante amable para...

¿Mi nombre? Soy Lisa Klemper.










¿Qué ha pasado con María Weber, su operática amiga que quería hacerse pasar por sorda?
Podré contestar a esa pregunta...
... cuando mi impetuoso y joven colega Kildare vuelva de una expedición que está haciendo para curiosear.
BLAIR GENERAL HOSPITAL
Mientras...
Curiosa experiencia... Examinar a una hermosa y talentosa mujer que se gana la vida cantando... y descubrir que finge sordera. ¿Por qué?
¿Por qué una cantante de ópera con una hija sorda, fingiría ella misma estar sorda?
¡Doctor Kildare!
Supongo que no hay nadie más estúpido que una vieja soprano, doctor. ¿Podría perdonar mi rudeza y pasar a la casa?
Usted ha conjeturado, por supuesto, que mi hija Lisa está sorda.
Sí... Noté que lee los labios.
Nació así. Durante años, traté de abandonar la escena, para dedicarme por entero a ella. Pero esta criatura no me permite hacerlo.
Ella..., ella dice que la ópera es toda mi vida..., y que sólo vivo cuando actúo. Estoy desesperada...
¿Y usted piensa que si convence al público..., y a su hija..., de que está sorda, ella no se sentiría culpable si usted abandonara el canto?
Ese era mi plan... ¿Es una tontería?


Durante años, representé egoístamente el papel de María Weber, prima donna, en lugar del papel de María Weber, madre.
Egidio Esteban/2019


Adoraba los aplausos..., y el encanto de mi pequeño mundo íntimo.
No era mi pequeña Lisa la que estaba sorda. ¡Era yo! Estaba sorda a sus necesidades... ¡Oh, la llevé a todos los médicos que pude encontrar!


Pero no era medicina lo que ella necesitaba. Necesitaba amor y comprensión... Necesitaba a una madre.


Le enseñé a leer los labios..., a modular su voz de modo que fuese prácticamente imposible descubrir que ella era sorda. ¡Todas apariencias!


Y entonces..., un día de dolorosa revelación..., la vi mirando..., mirándome tan trágicamente..., tan ansiosamente..., como diciéndome...


"...ayúdame, madre", "acércate a mí", "desecha el aplauso y las luces fatuas..."


¿Y por eso quiere hacerle creer que usted está sorda?
Sí.


¿Y su teoría es que, si ella lo cree, no se culpará porque usted abandone la ópera?
Es una chica sensitiva, doctor Kildare. Quedaría destrozada si creyera qu abandono la ópera por dedicarme a su cuidado.
Bueno, usted podría tener razón.
¡Sé que tengo razón! Si una chica como Lisa, que es sorda sin esperanza, imagina que sacrifico por ella mi carrera..., quedaría deprimida y desesperada.
¡Por favor se lo pido! ¡Dígale que estoy quedándome sorda! ¡Que una prima donna sorda está condenada! ¡Hágalo, si tiene un poco de piedad en el corazón!
El doctor Kildare tiene algo que decirte, hijita.
Y yo..., yo tengo algo que decirte a ti, mamá.
Puedes hablar frente al doctor Kildare. Es médico..., mi médico.
Bien....
Es acerca de mí... y Erich..., quiero decir Erich Landau.
¿El pianista que me acompaña? ¿Que hay de ti y Erich, Lisa?
El quiere casarse conmigo... Yo yo... yo lo amo, mamá.
¿Has dicho que Erich quiere casarse contigo, y que tú lo aceptas?


Sí... ¿No estás enojada conmigo, mamá?


Pero..., pero es que no entiendo... ¿Cuándo sucedió esto?


¿Preguntas cuándo supe que lo amaba?
Hace mucho tiempo que lo amo. Y también hace mucho que él me ama. No le importa que yo sea sorda, mamá.
Pero..., eres apenas una niña..., mi hijita.


Soy una mujer, mamá. Nos hubiéramos casado hace mucho tiempo..., si no hubiese sido por ti.
¿Quieres decir que no accediste a casarte con Erich por no contrariarme?
Sí... Tú me necesitabas, mamá. Le dije a Rich que...
¿Yo te necesitaba a ti? Pero si yo..., yo creí que..., quiero decir..


¿No estás enojada, mamá? ¿Nos darás tu aprobación?
Mi aprobación y mi cariño, hijita mía.

Más tarde...


¿No es deliciosamente irónico, Leonard, que cuando por fin me convertí en una madre ansiosa de sacrificarme por la felicidad de mi hija, haya descubierto que ella se ha estado sacrificando por mi felicidad?


¿Y has comenzado nuevamente a oír bien? ¿Y continuarás tu carrera?
Claro, mi amigo querido. ¿Qué sería de la ópera sin talentos como María Weber?
FIN

SIN PALABRAS

1

2

1

2

3

4

1

2

1

2

un buho se mira en un espejo

Por **OSVALDO MORO**

Intervalo Álbum 120 -XV- 2/1966

DIBUJOS DE VOGT

Fines de verano en las montañas. Llegan los últimos veraneantes. Son una clase especial. Evitan el bullicio de los niños que se fueron porque pronto tendrán que ir al colegio y aprovechan las tarifas económicas de los hoteles por cierre de temporada.



Bajo esas circunstancias habían llegado Teodoro Avila Ríos, su madre doña Elvira, su prometida Clara y una anciana tía de ésta para la cual el veraneo era nada más que dormir.



Habían viajado en silencio. Algo ocurría entre la pareja después de un noviazgo de diez años, en el que la boda siempre "inminente" fue suspendida varias veces.



Teodoro y Clara eran empleados de la Sección Contaduría de una compañía de Seguros, en la que el padre de Teodoro había llegado a ser subgerente, pocos meses antes de morir de una sorpresiva peritonitis.

Clara había nacido en Santa Rosa, La Pampa. Con su vieja tía, que era toda su familia, había viajado a Buenos Aires, tomando un cuarto de pensión en casa de doña Elvira Avila Ríos.



Ahí comenzó la amistad con Teodoro, que terminó en un amor manso, sin apasionamientos; en ese romance desteñido y pobre de ahora.



Quizá ya no se amaran; quizá ya todo era acostumbramiento, habitualidad. Se veían todos los días en la casa y en la oficina. Viajaban juntos, comían juntos, veraneaban juntos, estaban en silencio juntos.



La boda se había suspendido varias veces por distintos motivos. Entre ellos había problemas económicos que no se solucionarían jamás y también estaban las repetidas enfermedades de doña Elvira, que según alguno de los muchos médicos consultados, su verdadera enfermedad era no estar enferma.

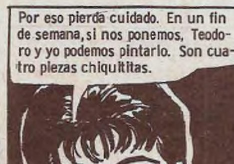
Clara no se entendía con su futura suegra. Aquella misma noche, en las sierras, tuvieron un altercado. Fue después de cenar. Estaban en la solitaria galería del hotel. Doña Elvira se quejó como siempre.



La gente "pobre" como nosotros no tiene que tener pretensiones de tener vacaciones costosas como ésta. Los hoteles estan cada vez más caros y peor atendidos.







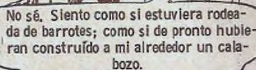




Teodoro calló. Clara se puso de pie y se encaminó hacia la escalera que la llevaba al gran parque, más allá del cual se extendían las sierras.









No quiero quedarme sola.

Quedate, Teodoro. No voy a extraviarme.





Usted encerrada siempre en su rencor y en el recuerdo de un pasado que no volverá. Teodoro con su cobardía. Mi tía siempre cansada y siempre durmiendo. Y yo con mi aburrimiento y mi indiferencia.





Yo tengo a mi hijo...

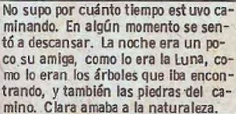
Se equivoca. Porque Teodoro le diga a todo que sí, no suponga que eso es tenerlo. Al contrario. Su hijos está muy lejos de usted.







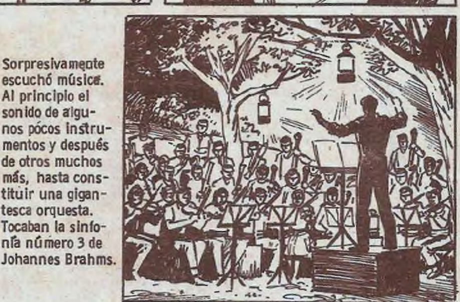
Clara se fue. Caminó un buen rato. La Luna la acompañaba. Había un silencio frío y verde rodeándola. Aspiró el perfume profundo que subía desde la tierra cansada. Se sentía libre.



No supo por cuánto tiempo estuvo caminando. En algún momento se sentó a descansar. La noche era un poco su amiga, como lo era la Luna, como lo eran los árboles que iba encontrando, y también las piedras del camino. Clara amaba a la naturaleza.



Sorpresivamente escuchó música. Al principio el sonido de algunos pocos instrumentos y después de otros muchos más, hasta constituir una gigantesca orquesta. Tocaban la sinfonía número 3 de Johannes Brahms.









Egidio Esteban/2019





Cuando estuvieron cerca del fuego, Clara pudo ver bien a Ramiro Llanos. Era alto, delgado, rubio. Sus ojos celestes estaban siempre muy húmedos y llenos de una luz dorada que le venía de adentro, del corazón, del alma, de su enorme pasión por la música.



























Las manos de Clara habían rozado la piel de las manos de Ramiro. Ella sintió algo extraño entonces. Fue un estremecimiento nunca vivido antes. Siempre se sabía contener, pero frente a la personalidad arrollante del músico, no lograba dominarse.











A la mañana siguiente, durante el desayuno, Clara relató su visita al campamento musical. A su futura suegra no le pareció bien. Teodoro, en cambio, se entusiasmó, no precisamente porque él pensara en ir a escuchar a aquella orquesta, sino por Clara.













Clara sonrió. Iba a decir algo, pero calló. Costaba hablar y entenderse en medio de aquellos muchachos y muchachas que se ocupaban en afinar sus instrumentos o en ensayar algunos renglones de una partitura, cada uno por su lado, sin molestarse.





¿Lo es todo la música para usted?

No puede ser todo. Tengo dos hijos. Ellos también son mucho.


Clara se sintió sorprendida. Le perturbaba enfrentar de pronto el mundo íntimo de Ramiro. Pero no podía callarse; no podía quedarse callada como lo hubiera deseado.







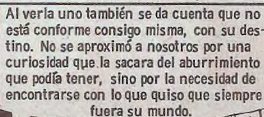
Ramiro había hablado de su mujer. Clara deseó encerrarse otra vez en su silencio protector, tímido; un silencio que la separase de él. No hablar. Quería no hablar. No decir nada más.















Cada uno tiene que hacer su mundo. ¿Qué espera para hacer el suyo?

Yo tengo mi mundo. Puedo no ser feliz en él, pero debo saber aceptarlo y también deberle todo el respeto que merece.





Pero Clara no regresó al día siguiente. A consecuencia de la tormenta que se había desatado la tarde anterior, su futura suegra había sufrido una mojadura que la tenía en cama con un principio de congestión.





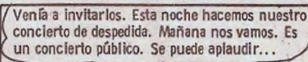








Teodoro había entrado en el bar. Clara trató de mantenerse serena. No sabía porqué, pero temía el enfrentamiento de esos dos hombres. Los presentó y se quedó mirándolos. Ninguno de los tres habló por un instante.





Clara sonrió. Ramiro había señalado el detalle del aplauso para recordarle la noche en que se conocieron. ¿Por qué él no podía haberla olvidado; por qué la tenía presente?



























El espejo y el buho... A veces el buho es ciego por vivir tanto tiempo entre las sombras de la noche y sólo cree verse al asomarse a un espejo, cuando realmente no se vio nunca; cuando jamás pudo reconocer su fealdad...



Sabía que iba a venir...

Usted siempre lo sabe todo. ¿Qué más sabe ahora, por ejemplo?

Egidio Esteban/2019





¿Por qué siempre se siente tan seguro de todo, Ramiro?

He sufrido mucho. Me casé muy enamorado con una mujer que nunca me comprendió del todo. Murió muy joven, pobrecita, y me dejó dos hijos, a los que adoro.



Ramiro Llanos la había tuteado. Clara volvió a sentirse desarmada. No podía creer que de pronto su corazón hubiese cambiado. No podía entender esa lucha que sentía desatada dentro suyo.





Clara calló. Tenía miedo que Teodoro no fuera capaz una vez más de cumplir con su palabra. Ramiro se le aproximó. La tomó por los hombros.



















Ramiro Llanos se fue. Clara se quedó en el camino hasta ver desaparecer los micros. Estaba confundida. Arriba, en el cielo, las nubes volvían a reunirse ocultando el Sol. Iba a llover otra vez.

























Ya todo se terminaba. Era el fin. Quería llorar, desgarrarse en un tremendo llanto que la pulverizase. No quería ser ni existir. El aire que respiraba se le hacía insoportable.











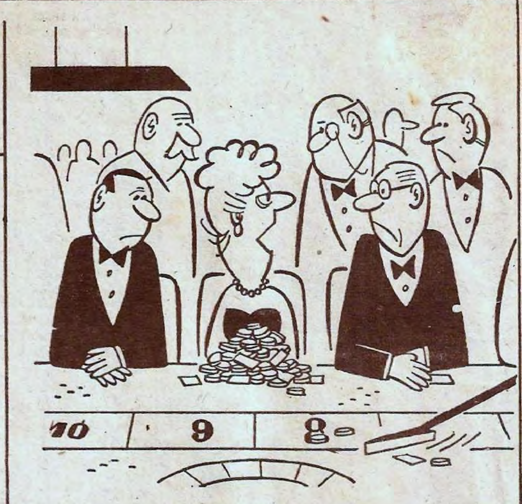




VAMOS A REIR



-Así que lavando las sábanas, ¿eh?



-Ya estoy cansada de esta tontería. ¿Quieren decirme si hay cestos aquí para tirar todas estas fichas que uno gana?



-Tengo que contarte un secreto estupendo, Luisa.



-Bueno, volveré a hacerle otra pregunta, señorita. ¡Ojalá sea la correcta!



Pasión Italiana

POR Stendhal

ADAPTACIÓN
DIBUJOS DE ALBERTO SALINAS

Stendhal es el nombre literario de uno de los más grandes escritores de Francia. Conocedor profundo de casi todas las artes, gran viajero, admiró a Napoleón, a quien acompañó en algunas de sus conquistas. Amaba a Italia tanto como a su patria, según propia confesión, y la mayor parte de sus novelas tiene por escenario aquella tierra, de la que habló con sincera verdad. Se considera a Stendhal el creador de la novela psicológica en Francia.

Tanto se ha escrito de los bandidos italianos del siglo XVI sin conocerlos, que tenemos de ellos las ideas más falsas. Podría decirse con justicia que tales "bandidos" constituyeron la "oposición" contra los crueles tiranos que se sucedían en las Repúblicas italianas de fines de la Edad Media y principios del Renacimiento.

El tirano triunfante era, por lo general, el patricio más rico de su partido, y para granjearse la simpatía popular hacía construir iglesias y se mostraba protector de las bellas artes y de los artistas famosos.



Los historiadores de estos pequeños Estados estaban asalariados, por lo que sólo contaban lo que favorecía a los gobernantes. Cuando alguno de ellos, más sincero, se salió de la norma y consignó en sus escritos los envenenamientos, asesinatos e intrigas de que fué testigo, pagó con la vida la osadía de decir la verdad. Pero el pueblo conocía...

...esa verdad, y por eso amó, en el secreto de su corazón, a muchos bandidos. Los amó porque sabía que, para mal de la felicidad pública, cuando los malos gobernantes comenzaron a suprimir las libertades de la República en beneficio propio, los ciudadanos más enérgicos, más democráticos y justos, fueron perseguidos y debieron buscar refugio en los bosques.

Esos proscriptos políticos vivían soñando con la liberación de su patria, y se unieron y organizaron en bandas armadas, al modo de los bandidos, para luchar con mayor chance contra los tiranos.

Jefes famosos de esos ejércitos exilados fueron, hacia la segunda mitad del siglo XVI, Alfonso Piccolomini, Duque de Monte Mariano, y Marco Sciarra. La selva de Faggiola, emplazada a cinco leguas de Roma, en el camino de Nápoles, era el cuartel general del último de los nombrados, quien llegó a mandar varios millares de soldados. Voy a narrar...



...de traición a la patria y condenado a muerte, tras el simulacro de un proceso.



...ahora el idilio desdichado de un oficial del célebre Sciarra: el capitán Aníbal Salvaterra. Aníbal era hijo del senador Tulio Salvaterra, quien cayó junto con la pequeña República de Albano, al usurpar el poder el tirano Bandi. Tulio fué acusado...





Oculto entre los que asistían al cruel espectáculo de la ejecución, se hallaba un joven de diecinueve años, quien se esforzaba por contener su dolor: era Aníbal, hijo del infortunado senador.

"Concerté un pacto con el Duque de Gadara, según el cual él se comprometería a salvar la vida de mi padre, y lo deja decapitar ignominiosamente... ¡Ah, falso amigo, me vengaré de ti!", se dijo Aníbal.





Estos pensamientos del joven Salvaterra tienen su explicación. Una fraterna amistad unió por muchos años a las familias de Salvaterra y Gadara. Los jefes de una y otra, el senador Tulio y el Duque Carlos, se querían desde niños. En los años de juventud fueron excelentes camaradas, al punto que se casaron con dos señoritas, hijas de excelentes familias del patriciado romano, que eran íntimas amigas.



Los Duques de Gadara tuvieron una hija, Virginia, quien, por ser única, fué cuidada por sus padres con ese celo superlativo con que se vela por la más hermosa de las creaciones con que la naturaleza nos ata a la vida y al mundo.



Los Salvaterra tuvieron dos varones. El mayor murió a los quince años, víctima de una fiebre maligna. Aníbal, dos años menor, y de la misma edad que Virginia de Gadara, al cumplir los quince años, hacía vaticinar que estaba predestinado a grandes cosas.



El padre, senador de la República, hombre probo y sincero, querido por el pueblo y respetado hasta por sus adversarios, veía en su hijo un digno sucesor.



Las familias de Gadara y Salvaterra se visitaban con frecuencia. Aníbal y Virginia, que compartieron alegremente, durante muchos años, los juegos infantiles, llegaron...



. . . a compartir con el tiempo las más nobles inquietudes del espíritu. Les gustaba la música, y la hija de los Duques solía deleitar a su compañero ejecutando en el laúd hermosas canciones.



También les gustaba leer, sobre todo aquellos libros que narraban el glorioso pasado de Italia y de Albano, junto a la cual se contemplaban todavía las ruinas de Alba, la legendaria madre de Roma. Se deleitaban con las bellas descripciones de Tito Livio, o se dejaban mecer por la cadencia del "divino Virgilio", cuyos versos cantan los amores del héroe troyano Eneas con Dido.

Recordando a la hermosa y apasionada Reina de Cartago, Virginia dijo un día a Aníbal: — Tú tienes un nombre cartaginés. ¿Por qué?



La hija del Duque no se sorprendió, pero, ruborizada y confusa, sólo atinó a reír nerviosamente.

De pronto, fingió ponerse muy seria, hizo un gracioso gesto y dijo: — ¡Cuidado, Aníbal! ¿No sabes que el guerrero cuyo nombre llevas no alcanzó a conquistar definitivamente a Italia? Cuando nadie dudaba ya de que el triunfo era suyo, cayó derrotado en la forma más inesperada...



En los hermosos instantes que prolongaban aquel amor naciente, ambos jóvenes estaban lejos de sospechar que las palabras de Virginia, nacidas de su coquetería de muchacha inocente que se resiste a ceder inmediatamente al vanidoso galanteo masculino, iban a resultar casi proféticas para Aníbal Salvaterra.



Ocurrió que cuando, algún tiempo más tarde, tuvo la certeza de que el corazón de Virginia estaba totalmente conquistado, surgió un enemigo inesperado, poderoso: el padre de e.... Este llegó una noche al hogar completamente nervioso contrariado.

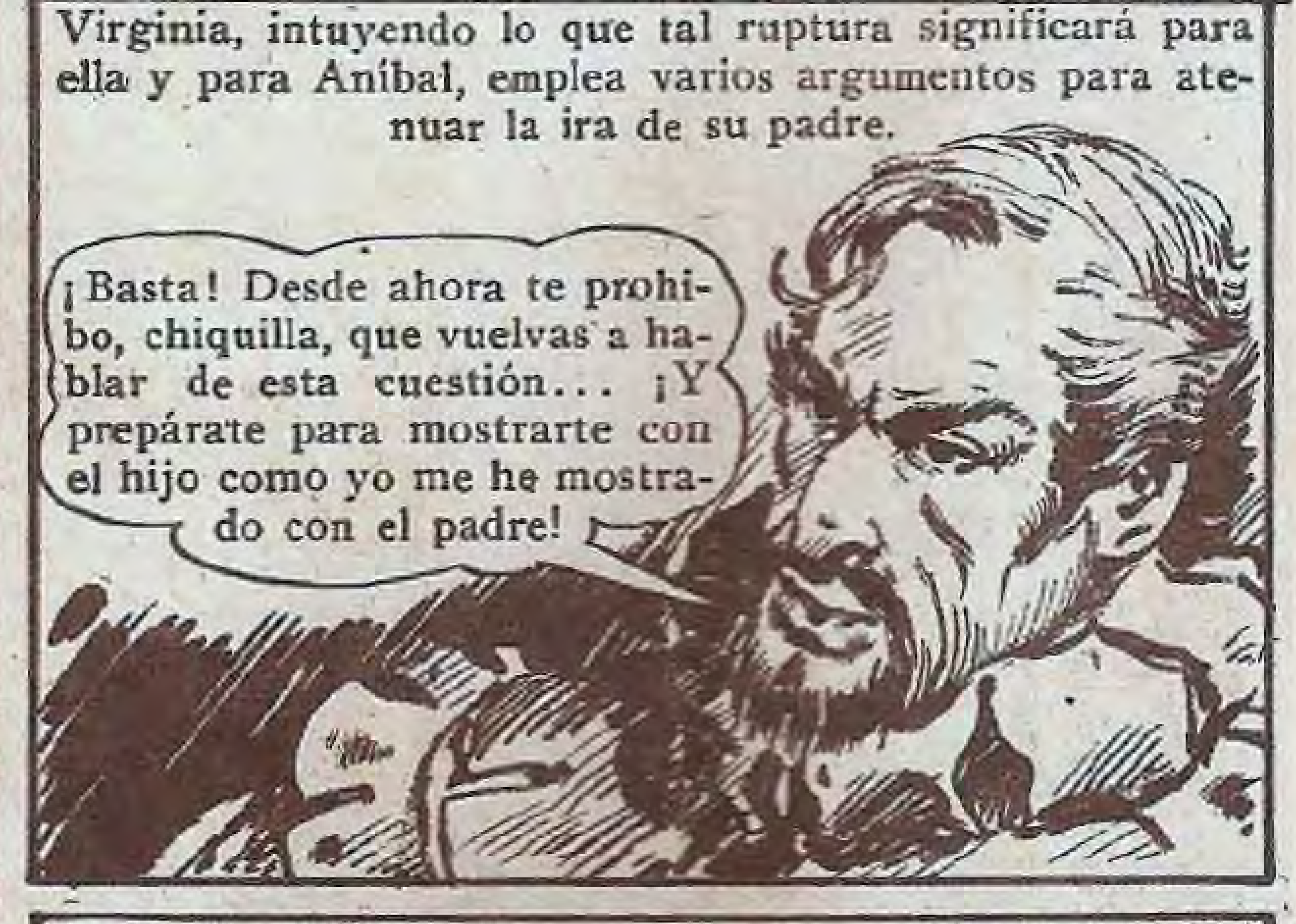




Como la señora de Gadara pidió una explicación, el Duque dijo, indignado, que el senador Salvaterra había cometido una traición contra su clase y contra la amistad que los unía, al votar una ley que disminuía los privilegios de los patricios y los obligaba a pagar impuestos como a los ciudadanos burgueses.
-¡Es una canallada imperdonable!

-Considera, papá, que Salvaterra debe de haber votado siguiendo las imposiciones de su partido.

Eso creí yo al principio, y hubiese comprendido su actitud; pero me enteré de algo insólito: fué el propio Salvaterra quien redactó y presentó el proyecto de ley, y quien más influyó para que se sancionara... ¡Ah, pero me vengué negándole el saludo y llamándolo traidor del patriciado en plena Cámara!





Desde ese día, Virginia y Aníbal no pudieron volver a consolarse tomados de la mano y devorándose con los ojos, mientras se contaban sus desdichas, bajo las sagradas naves que daban solemnidad a su pobre amor clandestino. Se comunicaban por correspondencia, que llevaba y traía la fiel doncella María.



El Duque se mantenía alerta. La discreción y el silencio de su hija le hacían adivinar que ésta le ocultaba algo; por otra parte, día y noche sorprendía al joven Salvaterra merodeando en las cercanías del palacio.



Y nada podía hacer para impedirlo, puesto que el mozo era hijo de un senador de la República, más poderoso en aquellos momentos que toda su riqueza y títulos patricios. De más está decir que el Duque militaba en el partido opositor al gobierno.

Tuvo lugar en aquellos días un acontecimiento que favoreció los designios de Gadara: el gobierno fué depuesto por una conspiración encabezada por el tirano Bandi, y el senador Salvaterra fué acusado de traición a la patria y condenado a muerte, según vimos al comienzo de este relato.



Apenas conocido el veredicto del tribunal, Aníbal tomó una arriesgada decisión: se presentó en el palacio del Duque de Gadara y no cejó hasta ser recibido por éste. Con valentía y mesura hizo una digna defensa de su padre. El dueño de casa se mostró implacable.







Desde ese día, Virginia y Aníbal no pudieron volver a consolarse tomados de la mano y devorándose con los ojos, mientras se contaban sus desdichas, bajo las sagradas naves que daban solemnidad a su pobre amor clandestino. Se comunicaban por correspondencia, que llevaba y traía la fiel doncella María.



El Duque se mantenía alerta. La discreción y el silencio de su hija le hacían adivinar que ésta le ocultaba algo; por otra parte, día y noche sorprendía al joven Salvaterra merodeando en las cercanías del palacio.



Y nada podía hacer para impedirlo, puesto que el mozo era hijo de un senador de la República, más poderoso en aquellos momentos que toda su riqueza y títulos patricios. De más está decir que el Duque militaba en el partido opositor al gobierno.

Tuvo lugar en aquellos días un acontecimiento que favoreció los designios de Gadara: el gobierno fué depuesto por una conspiración encabezada por el tirano Bandi, y el senador Salvaterra fué acusado de traición a la patria y condenado a muerte, según vimos al comienzo de este relato.



Apenas conocido el veredicto del tribunal, Aníbal tomó una arriesgada decisión: se presentó en el palacio del Duque de Gadara y no cejó hasta ser recibido por éste. Con valentía y mesura hizo una digna defensa de su padre. El dueño de casa se mostró implacable.








Jamás pensé que podría presentarse en la vida de un hombre un dilema tan cruel y doloroso como éste. El renunciamiento que me pedís es un sacrificio superior a mi vida misma, pero lo acepto. Sabré pagar como hijo abnegado la gratitud que debo a mi padre.


Aníbal salió de allí abrumado por el compromiso que acababa de establecer. La idea de que perdía para siempre a su amada Virginia le hacía desear la muerte.
(Si al menos viviera mi madre, podría encontrar consuelo en su regazo...)


Los días que siguieron fueron terriblemente desgraciados para el joven, quien sólo aguardaba la libertad de su padre a fin de embarcarse para el extranjero. Pero tal libertad no se produjo, y una tarde, con gran asombro de Aníbal, un heraldo anunció por las calles que a la mañana siguiente iba a ser ejecutado en la plaza el traidor Tulio Salvaterra.


La sentencia se cumplió, como vimos en las primeras escenas de esta historia. Comprendemos ahora el significado de las palabras que pronunció el hijo cuando, mezclado entre el público que presenciaba el cruel espectáculo, juró vengarse del Duque... Y parte de esa venganza se había consumado ya: Gadara, al no cumplir su pacto con Aníbal, impulsaba de nuevo a éste hacia Virginia, ahora con un ímpetu que ya ningún escrúpulo podría detener. Cuando el joven abandonaba la plaza, notó que alguien le tiraba de la manga: era María, la doncella de Virginia.
Mi señorita os manda este mensaje. ¡Adiós, señor!


Aníbal leyó: "Huye en el acto. Los esbirros del tirano te buscan para darte peor muerte que a tu padre."


Esa misma noche, el hijo del ex senador Tulio Salvaterra entraba en la selva de Faggiola, y...

...una semana más tarde formaba parte de la banda armada de Marco Sciarra, en la que militaban ya algunos de los caídos en desgracia junto con su padre. Por largo tiempo, Aníbal vivió aquella existencia semisalvaje, alentado únicamente por la esperanza de que algún día cambiara su suerte o de que circunstancias favorables le permitieran a él modificar el curso adverso de ésta.



Pronto, Aníbal Salvaterra se destacó entre los hombres de Sciarra. Inteligente, recto y camarada cordial, se ganó la simpatía de todos y los favores del jefe. Sciarra conocía los desgraciados amores del oficial, y más de una vez se ofreció para ayudarlo.

¿No ha pensado en raptar a su novia?

—Sí, mil veces me ha pasado esa idea por la cabeza; pero la he desechado por prematura. Deseo hacer las cosas bien, porque un mal paso podría echarlo a perder todo para siempre. —¿Qué espera? ¿Que se case con otro?



La política italiana se complicaba cada vez más, y la situación de Sciarra se tornaba difícil. Por más que justificase que su ejército no tenía otro fin que conspirar contra los tiranos, las tropas cometían a diario desmanes y saqueos que las desprestigiaban. Aníbal no tomó parte nunca en esos actos de censurable bandolerismo. Por el contrario, se lo vió siempre a la vanguardia en las circunstancias en que era necesario defender la libertad injustamente arrebatada de un pueblo o de una persona.



Un día, Sciarra reunió a sus jefes y les informó que había concertado un convenio con Venecia, y que él, con todo su ejército, pasaría al servicio de esa República.

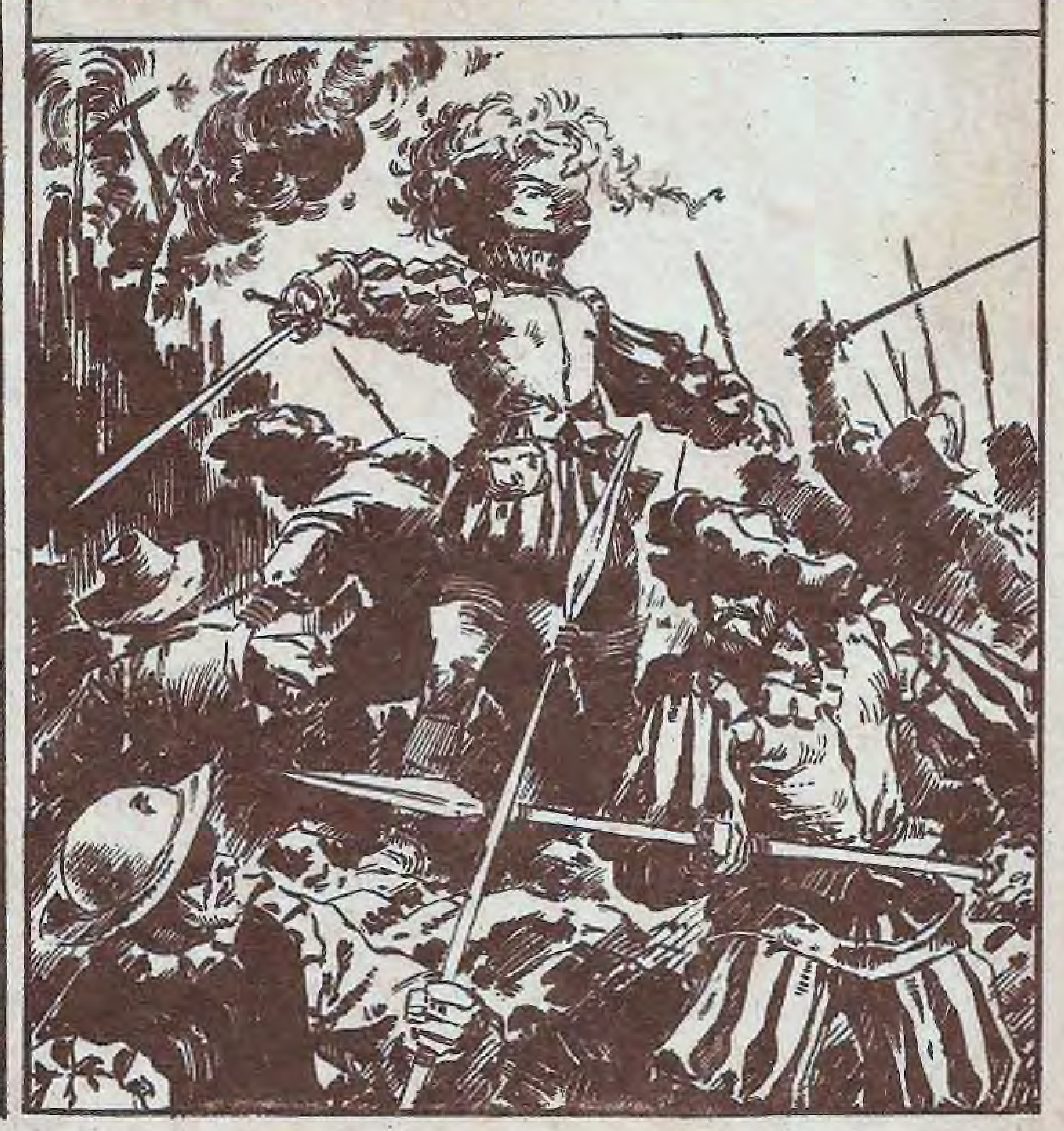


Casi todos los oficiales respondieron afirmativamente, pues veían sus aspiraciones políticas respaldadas ya por la gran potencia del Adriático. Los proscriptos de Roma y Albano creyeron que en breve tiempo iban a ser derribados los gobiernos adversarios y que reconquistarían ellos el poder. Aníbal Salvaterra se apresuró a ganar laureles, con la imaginación volando...

...siempre hacia aquel palacio de su ciudad, donde estaba seguro de que su amada Virginia lo esperaba.



Luchando con las tropas regulares de Venecia, sus hechos le valieron los galones de capitán y una felicitación del gobierno.



Esto último era muy importante para ciertos planes que trazaba el capitán Salvaterra. Viajaría a Albano, con un salvoconducto oficial, y tentaría vencer la resistencia del Duque de Gadara. Lo solicitó, y se lo concedieron inmediatamente, por haberse concertado una tregua entre romanos y venecianos, a fin de establecer un tratado que asegurase una paz definitiva. Como por una ironía que le reservase el destino, en la misma repartición donde le entregaron el documento que le permitiría viajar libremente, le fué dada la noticia más triste que podía esperar. Un militar romano...

...que había ido a Venecia en comisión oficial, y que conocía a Aníbal por haber sido amigo del padre, le anunció que Virginia de Gadara iba a casarse con Tito Orsini, hijo de una influyente familia romana.



Un despecho atroz se apoderó de Salvaterra. Eligió veinte entre sus mejores hombres y confió a Sciarra un proyecto.



Dos días más tarde, un monje franciscano, con el manso aspecto de aquel santo que amaba a los pájaros y las palomas y que llamaba "hermanos" a los lobos, avanzaba por la campiña italiana rumbo a la Ciudad Eterna. Lo seguían veinte campesinos de ruda apariencia. El monje era Aníbal Salvaterra; los campesinos, los veinte hombres elegidos por él. En un bolsillo de su hábito llevaba el salvoconducto. Sólo haría uso de éste en caso necesario.



Al llegar a Roma, se hospedaron en una posada. Lo primero que hizo Aníbal fué visitar a Albano y tratar de comunicarse con Virginia. Rondando el palacio, se topó con la doncella María, quien no lo reconoció.



No, padre..., digo, hermano... El señor vive ahora en Roma con su hija

¿Podrías darme la dirección?

La muchacha no lo conocía. Tampoco Aníbal consiguió averiguarla por otros procedimientos más o menos disimulados. Volvió a Roma, y allí tentó suerte por otro lado: sonsacar a algún criado del tal Tito Orsini. El único informe que obtuvo, después de muchas andanzas, fué que el casamiento de éste y Virginia iba a realizarse, en efecto, en la iglesia de Santa María, tres días más tarde. El lapso que faltaba, lo empleó el presunto monje en preparar la ejecución de su proyecto.



Llegado el día de la boda, la iglesia se vió desde temprano, cercada de curiosos. Aquel casamiento estaba aureolado, diremos, por una romántica leyenda. Se comentaba en la calle, entre otras cosas, que la joven había intentado suicidarse el día antes, que había ido a encerrarse en un convento, del que su padre la había sacado por la fuerza, etcétera.


El novio llegó primero y, vestido con la elegancia de un príncipe, entró en el templo. El presuntó monje franciscano estuvo a punto de saltar sobre él y clavarle en el pecho la daga que escondía bajo la mansedumbre del hábito.


¡Hija! ¡Harás el favor de bajar!


Pero se contuvo. Llegó por fin la novia. Y entonces el monje vió algo que le llenó el corazón de loca alegría: Virginia no quería descender del coche. Sin hablar, por temor al escándalo, se aferraba a los hierros del asiento y desoía la orden cada vez más imperiosa, de su padre, el Duque de Gadara.


El monje se adelantó.
-Señor, mi investidura me impide tolerar lo que veo: esta señorita ha sido traída aquí por la fuerza, y por la fuerza se pretende unirla a un hombre al que seguramente no ama... Es un proceder que no está de acuerdo ni con la ley ni con Dios.


¡Apártate, frailón! ¿Quién eres tú para inmiscuirte en los asuntos del Duque de Gadara?... Te haré prender.

No alcanzó el adusto señor a pronunciar más palabras. Los compañeros de Salvaterra se lanzaron al ataque. Uno de ellos derribó al Duque, mientras otros dos saltaban al pescante del coche, donde aún estaba Virginia, que no se movió de su sitio ni siquiera al ver que el extraño monje había subido al vehículo y...



...se sentaba a su lado. Tan desesperada se sentía, que el ser robada por los que ella creía bandidos le parecía mejor destino que unirse al marido que le imponía el padre.



Y fué al oir esta voz, ahora junto a ella, cuando la reconoció. Llena de estupor, creyó soñar.



Utilizando el salvoconducto, y mediante una buena cantidad de oro, Salvaterra consiguió que una embarcación los condujese hasta la "perla del Adriático". Allí, descendieron en una hermosa isla, donde se levanta un convento de religiosas.



Amanecía cuando Aníbal hizo sonar el pesado aldabón de la puerta. El presunto monje dió a la madre superiora veladas explicaciones, y se disculpó de ello prometiendo que en próxima ocasión sería más cla ro.



Dijo en secreto ciertas palabras a la superiora, quien escribió en seguida en un papel:
"Me hago cargo de la señorita Virginia de Gádara, quien sólo será autorizada a salir de aquí en compañía del que muestre este documento." Y, a continuación, estaba la firma. Aníbal tomaba estas precauciones por una razón muy especial: al acercarse a Venecia en la embarcación que los traía, se había enterado, por unos pescadores, de que se hablaba de una revolución encabezada por Marco Sciarra.

Al presentarse en el cuartel, una sorpresa esperaba a Salvaterra. Romanos y venecianos habían firmado un tratado de paz, y los primeros exigían, que Marco Sciarra fuese encarcelado y juzgado. Como el jefe de los proscriptos había firmado un convenio con Venecia, al sentir peligrar su cabeza, organizó una conspiración, que fracasó, y en el transcurso de la cual Sciarra fué asesinado.



Como medida de seguridad, los valientes soldados y oficiales de Sciarra fueron enviados a la isla de Candia, a pelear contra los turcos. Pero la astucia veneciana sabía muy bien que...











...subió a la barca, amarrada al pie mismo de la escalinata. Cuando estuvieron solos, el "mercader africano" la estrechó en sus brazos y la besó tiernamente.





El sacerdote de la iglesia próxima se avino a casarlos prescindiendo de ciertos requisitos formales, pensando que con aquella ceremonia ganaba para Dios a aquel mercader que se casaba con una cristiana, y al que juzgaba musulmán por el traje.



Cuando la embarcación ya dejaba atrás a Venecia y avanzaba mar adentro, Virginia preguntó:—¿Adónde me llevas? Y él respondió:

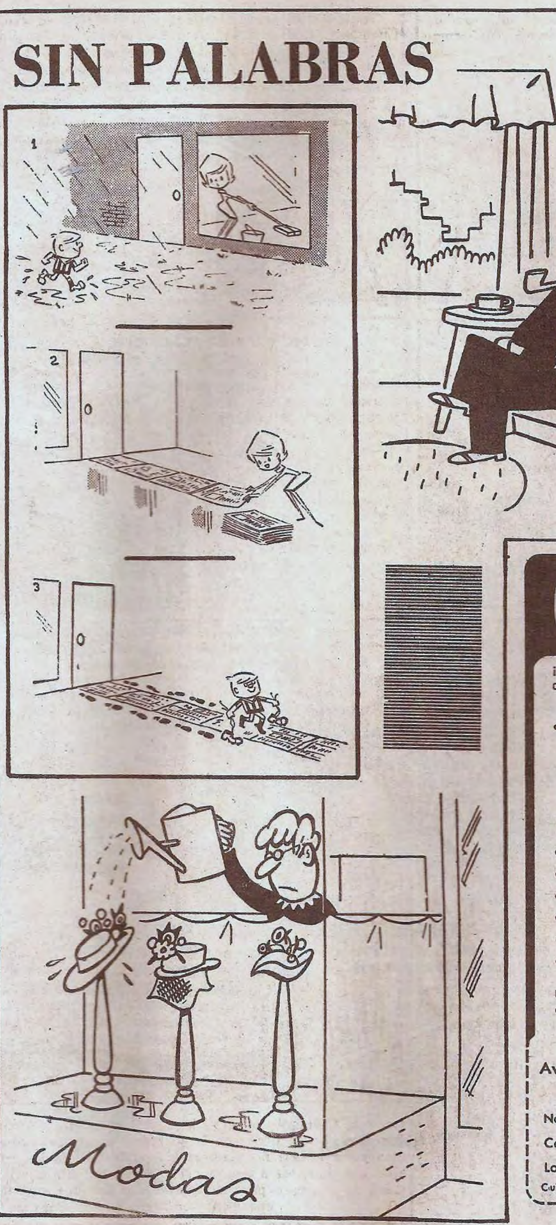
Aníbal te ha conquistado definitivamente y te conduce a Cartago.

ALBERTO SALINAS -55-

Decir "a Cartago", la patria legendaria de Dido y Aníbal Barca, era como decir: hacia cualquier parte. La incertidumbre se abría frente a la proa de aquella embarcación, pero esta incertidumbre apenas tenía importancia ante la seguridad de que eran para siempre el uno del otro y vivían una dicha verdadera.

FIN

SIN PALABRAS



muerte en las alturas









Tendrá que dejar eso para después, Holden. Acompáñenos.

Bien, ustedes mandan.

Convenientemente ocultos en el interior del aparato, los agentes hallaron dos paquetes llenos de estupefacientes, cuya procedencia no supo explicar. Fue condenado a ocho años de reclusión y liberado a los seis por buena conducta. Tuvo la suerte de no perder su licencia de piloto.









"... la noticia de su excarcelación le ha producido tal excitación, que la obligó a ponerse en manos de un médico. Este recomendó reposo. Pero no se alarme, Holden. No es nada grave. Ella -prosiguió Emery-, me habló mucho de usted y me ha..."





El reencuentro entre los esposos fue emotivo en grado sumo. Luego, ya atemperados los ánimos, Emery terció:

Tómese unos días de reposo, Holden, y usted también, señora. Cuando se tranquilicen...

Una semana después, el matrimonio Holden se entrevistaba con el financista, quien los recibió con evidente satisfacción.

¿Qué es eso tan complicado que quiere decirme, Holden?

He pensado, señor Róbinson, que considerándome empleado ya por usted, Ricky, dado su estado de salud...



Así comenzó su actuación al servicio de Emery Róbinson. Este confió en Harry desde el principio, encomendándole misiones sumamente delicadas. Una tarde, Róbinson le invitó a cenar esa noche en su residencia, conjuntamente con su esposa, pero Ricky no estaba bien de salud...

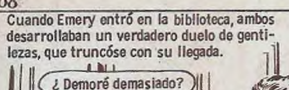












No, papá. El señor Holden conoce la fórmula para hacer gratas las esperas.

Se volvió hacia Harry y le tendió su bien cuidada mano.



"...estimo que usted y mi padre deben hablar de su trabajo. No deje pasar mucho tiempo sin volver a visitarnos". Se saludaron y la joven se retiró.

Bien, Harry. Vamos a lo nuestro. Esto que voy a decirle debe quedar entre nosotros. Ni su esposa debe saberlo.



-Gracias, -expresó Emery antes de entrar en materia, cosa que hizo de inmediato. -Usted sabe algo sobre cómo se desarrolla...

...el comercio de acciones. Muchas veces es preciso recurrir a la astucia para evitar que corredores...

"...aprovechados originen pérdidas fabulosas. Ultimamente se han producido filtraciones en la oficina, y si bien es cierto que..."

....los perjuicios no han sido grandes, es necesario que descubra la identidad del infidente.



Emery agradeció y siguió exponiendo sus planes.



"...un viaje, que usted realizará en mi lugar. Tenemos un físico muy parecido y no será difícil, sobre todo en horas de la noche, producir la impresión de quien parte en el avión soy yo y no usted. Claro que, previamente, es necesario..."

"...que usted y su esposa; cosa que no llamará la atención, dado el estado de salud de ella, partan hacia mi cabaña de Plain..."

...Dam, cerca de Bodar Country, en viaje de reposo. Usted instalará a Ricky y luego retornará en forma...

"...subrepticia para ocupar mi lugar en el avión. De tal manera, mientras el infidente me cree volando rumbo a Las Vegas, yo..."

...podré didentificarlo y controlar sus maniobras. ¿Ha comprendido, Harry?



Bien, yo le diré cuándo pondremos en ejecución la maniobra, pero no olvide de guardar riguroso secreto.

Harry, muy satisfecho por la confianza que su empleador le dispensaba, retornó a su hogar en el coche que Emery puso a su disposición. Halló levantada a Ricky.







"...tu aliento cargado de alcohol! ¡Has estado de fiesta, mientras yo, sola en esta casa, lucho contra mi enfermedad!"

¿Cómo haré para convencerte de...?

¡No te esfuerces!

Harry miró estristecido a su esposa. Escenas como aquella eran frecuentes desde su regreso de la cárcel. No había disfrutado ni un sólo instante de la dicha que tanto añorara en sus largas horas de encierro. Ricky no volvió a ser la amante esposa de los años previos a su detención.

Y él, condolido del mal que la aquejaba, se mostraba singularmente atento con ella a pesar de todo. Pero esa noche, algo cambió en él, porque...



"...el médico! ¡Pero déjame en paz, que bastantes preocupaciones tengo ya con mi trabajo!" Ella le miró alarmada.



Y sin agregar nada más, se metió en el baño para ducharse. El agua fría despejó los vapores del alcohol y se arrepintió de su reacción.



Cuando se acostó, Ricky dormía. Sobre la mesita de noche vio el tubo del sedante que ella ingería. La besó tiernamente.



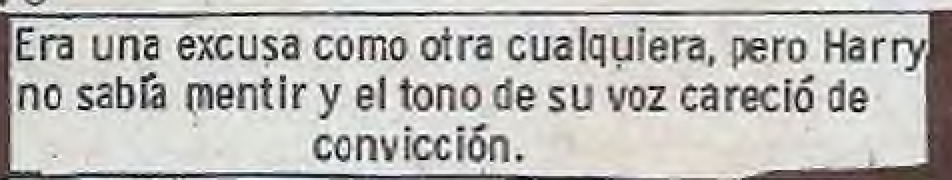
En la mañana siguiente fue al campo de aviación para hacer repasar el Piper de Emery, pues esa tarde debía volar a Pasadena. Luego fue a la oficina.



La noticia no le alegró demasiado. La noche anterior había reflexionado sobre su conducta para con Ricky, arribando a la conclusión de que la hija de su empleador no era totalmente ajena a su estado de ánimo. No obstante se mostró complacido...

...de poder ser útil a la muchacha. A las dos de la tarde levantó vuelo.















"... quiero celebrar dignamente mis horas de libertad".

No es esa la mejor forma de celebrar, Vera.

¡Está bien, señor moralista! ¡No beberé más!

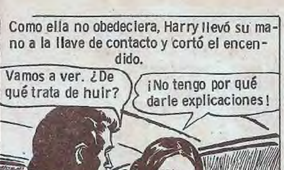


El aviador arrojó unos billetes sobre el mantel y salió en pos de la muchacha. La alcanzó cuando...

¿Qué le ocurre, Vera? ¿Qué trata de hacer?

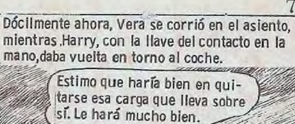
¡Déjeme, Harry! ¡Déjeme!























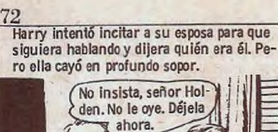


El facultativo que atendía habitualmente a Ricky, había acudido a visitar otro paciente. Harry intentó por todos los medios por él conocidos, hacer reaccionar a su esposa, aunque sus esfuerzos resultaron infructuosos. El tiempo transcurría y el médico no llegaba.

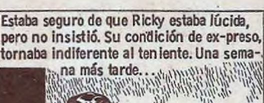
Sólo después de una larga espera, el galeno se hizo presente. Luego de atender a la paciente...

Debemos llevarla de inmediato a un hospital. Su esposa padece de una fuerte intoxicación.

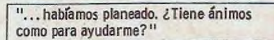


















Su mano rozó uno de los vestidos de Ricky y un ramalazo de dolor laceró su pecho. Un sollozo se estranguló en su garganta y experimentó un vahído, que le obligó a aferrarse al tapado de pieles que usara su esposa. Su peso hizo que la prenda se descolgara y . . .









"...éste debe suponer que llevo en mi poder unas valiosas acciones, cuyo valor sería de tres millones y medio de dólares. Esta noche, usted, vistiendo uno de mis trajes de vuelo, y tocado con mi casco, ascenderá al avión, levantando vuelo de inmediato"







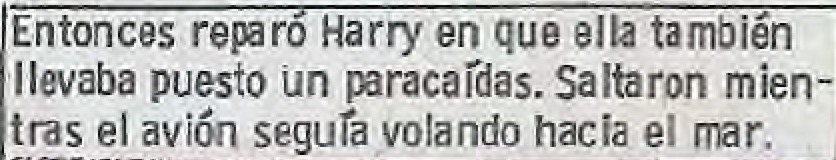











Entonces reparó Harry en que ella también llevaba puesto un paracaídas. Saltaron mientras el avión seguía volando hacia el mar.




En el preciso instante en que ambos estaban por llegar a tierra...


Harry, más pesado, fue el primero en pisar la arena de la playa. Se despojó del arnés del paracaídas y corrió hacia Vera, ayudándole a hacer lo propio.


Una vez liberada de esa impedimenta, la joven, impulsivamente, se abrazó a él.


¡Oh, Harry! ¡No sé qué pudo ocurrirme para quedarme dormida mientras esperaba su llegada!
Cálmese, Vera y trate de explicarme lo que ha ocurrido.


Con voz entrecortada por los sollozos, la joven le hizo un relato, que de no mediar el estallido del avión, Harry habría tildado de inverosímil.
¿Está usted segura de lo que afirma?
No puedo probarlo, si eso es lo que usted quiere, pero en cuanto a si estoy segura...


"...eso sí puedo afirmarlo sin temor a equivocarme en lo más mínimo. ¿Cree usted que habría corrido el riesgo de morir junto..."
...con usted de no tener la certeza más absoluta?
No dudo de sus afirmaciones, Vera. ¡Pero esto me parece tan increíble! ¡Dios Santo! ¡Ahora comprendo!


Buscó en su traje de vuelo la insignia hallada en el piso de su dormitorio y se la mostró a la joven.
¿Conoce usted esta insignia?
¡Harry! ¿Dónde halló usted eso?


Luego de explicárselo, el piloto intercambió ideas con la muchacha. No tardaron en ponerse de acuerdo.
Sí, estimo que es lo mejor. Vamos a esconder los paracaídas y hallar el modo de retornar a la ciudad...


"...sin llamar la atención sobre nosotros y sobre todo sobre mi persona." Eran las seis de la mañana cuando Harry llegó a su casa.
Me quitaré el traje de vuelo y lo guardaré en el desván. Usted regrese a su casa.
¡Cuídese, Harry! ¡No cometa ninguna imprudencia!


Así se lo prometió. Una vez a solas y luego de cambiar sus ropas, Harry se trasladó a un hotel donde se inscribió con nombre supuesto. Más tarde pidió los diarios.
PRESTIGIOSO FINANCISTA MUERE TRÁGICAMENTE
E. ROBINSON





Súbitamente se sintió inspirado. No podía correr el riesgo de llamar a Vera por teléfono, de modo que tendría que actuar solo y reunir las pruebas necesarias, para evitar un fracaso absoluto. Recordó a un teniente de la policía que se mostrara ...



















El teniente hizo arrancar su automóvil y a toda velocidad logró interponerse entre el fugitivo y el aeroplano que lo aguardaba. De inmediato otros dos coches policiales se hicieron presentes, iluminando la escena con sus faros.





Emery intentó sacar un arma. Una ametralladora tableteó, levantando el polvo a sus pies. Se rindió y fue llevado a la ciudad.

Diga lo que tiene que decir, señor Holden.

Acuso a Emery Róbinson de intentar matarme con una bomba colocada en un portafolios que me entregó...

"...con el pretexto de suplantarlo en un viaje a Las Vegas. Estos pretextos ya los conoce, teniente. Además lo acuso de eliminar..."

...a mi esposa obligándola a ingerir una dosis mortal de barbitúricos. Ella resistió y en esas circunstancias, él..."

"...perdió esta insignia de un club aéreo al que pertenece. ¿Por qué hizo todo ésto? Creo conocer perfectamente las causas, pero estimo ahorrar tiempo si se me permite interrogarlo." El teniente hizo una señal de asentimiento y...







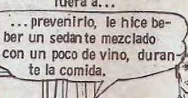


"...hizo que ella, pobre y débil mujer, enfermase de los nervios. A mi regreso, buscó la ocasión de hacerme odiar por ella, invitándome a su casa, cuando Ricky no estaba en condiciones de acompañarme. ¿Qué fines perseguía con ello?"















esto merece recordarse...

las primeras torpederas que cruzaron el atlántico fueron ARGENTINAS

Desde que el Presidente Sarmiento, con su visión de estadista, creara la Escuela Naval, nuestra Armada se desarrolló adquiriendo nuevas unidades con ritmo a veces de avanzada. En el año 1880, el ingeniero Whitehead perfeccionaba un arma que luego fue de gran importancia, hasta la actualidad: el "torpedo automóvil". Antes, los torpedos carecían de movimiento propio: debían ser llevados hasta muy cerca del blanco, con grave peligro para la nave atacante, que si no retrocedía a tiempo, podía ser alcanzada por la explosión. Ese año el gobierno argentino encargó en Inglaterra la construcción de tres naves, en las que se instalaría la nueva arma que el ingeniero inglés experimentaba en Fiume: eran el ariete-torpedero Maipú y las torpederas Enrique Py y Ferré.

La comisión encargada de traerlas al país estaba encabezada por el Coronel de Marina D. Ceferino Ramírez, acompañándolo los Tenientes Emilio Barilari como Segundo Comandante y Manuel García Mansilla como Ingeniero Torpedista. Concluidos los tres buques, zarparon del puerto de Gravesend el 5 de junio de 1881. El "Maipú" era un vapor de ruedas con aparejo de pailebot (dos palos para sendas velas cangrejas y una trinquetilla). Su desplazamiento era de 1073 toneladas, con 82 m de eslora, 9 m de manga y 4,5 m de puntal, con un calado medio de 9 pies. Su velocidad máxima: 14 nudos. Esta era la nave capitana. Las otras dos embarcaciones medían 100' x 12' cada una y podían desarrollar una velocidad de 19 nudos.

Iniciando un viaje peligroso, con mal tiempo, en que la nave insignia llevó a remolque a las otras dos, cruzaron el Canal de la Mancha tomando rumbo a Fiume. A los 47°52' de latitud Norte, la "Ferré" tomó rumbo a Buenos Aires. Las otras dos naves prosiguieron hacia el lugar donde se instalarían los nuevos armamentos y se realizarían las pruebas de los mismos.

Llegados felizmente el 23 de junio al puerto de Fiume, y el 20 de julio, en presencia de representantes de las más importantes marinas del mundo —Inglaterra, Austria, Francia, Italia, Dinamarca, Rusia y Grecia— el nuevo sistema de lanzamiento de torpedos se probó en naves argentinas por primera vez.

El 1º de agosto tuvieron lugar las pruebas oficiales. A 14 nudos, se lanzaron nueve torpedos: tres por proa y tres con los tubos de cada costado contra un blanco de 20 m de eslora y a una distancia de 400 m. Tres de estos nueve lanzamientos dieron en el blanco. Fue el "Maipú" la nave que efectuó los disparos.

Al día siguiente, la "Enrique Py", a más velocidad —17 nudos— lanzó ocho torpedos y los resultados fueron mejores: los desvíos observados no alcanzaron sino a tres metros. El Coronel Ramírez escribió, en su parte oficial: "Como argentino, no puedo menos de expresar la satisfacción que sentía al recibir a todos los representantes del mundo militar europeo a bordo de un buque en cuyo tope flameaba el pabellón de mi patria".

Partieron para Buenos Aires el 28 de agosto, yendo la "Enrique Py" siempre a remolque del "Maipú" y el 20 de octubre de 1881 fondearon en la rada exterior, llevando a feliz término una peligrosa navegación de 53 días. Fue una proeza naval que colocaba, en esa época, a nuestra Marina de Guerra entre las más avanzadas del mundo.



TRANQUERA EN SAUCE CHICO

Por AGUSTIN FONTANELLA

Un clásico del teatro gauchesco de fin de siglo (1899, exactamente) estrenada en el Teatro Doria (hoy Marconi) por la compañía Podestá-Scotti, con el título de "Tranquera".

ADAPTACIÓN — **DIBUJOS DE SPADARI**

Mientras Prudencio Vidal aperaba su zaino, silenciosamente, recordaba a Saulo, su buen hermano mayor muerto al lado de su estandarte Federal unos meses antes.



Iba a unirse al contingente que desde Dolores iba hacia la Capital, agregándose al general Madariaga en su lucha contra Urquiza. No hubiera ido. Se dejaba dominar por ciertas nostalgias: Pedrito y Juana, en primer término.



Pedrito era el huérfano de Saulo. Y Juana era la vecina que se había adueñado del corazón del criollo.

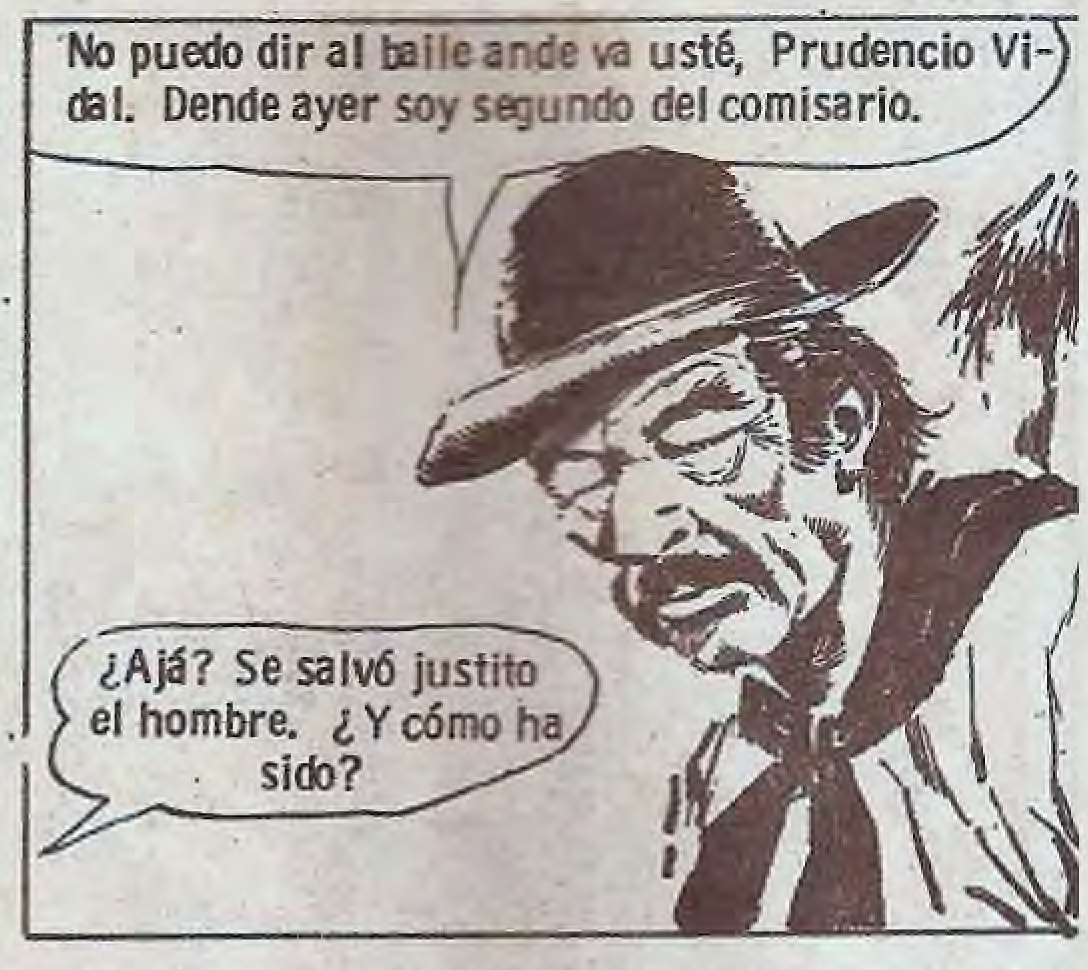


No era poca la tarea que ya tenía Juana Zubiarry. El campito, su tata enfermo, y ahora el pequeño que Prudencio le dejaba a cargo, mientras él se lanzaba al ataque con la misma lanza que viera morir a Saulo Vidal, el último febrero.



"Es preciso acudir al llamau del general. ¡No van a considerarte flojón, lo mesmo que chala, Prudencio Vidal! Le dirás "hasta prontito" a tu tranquera de Sauce Chico, y nada más", se dijo para calmar la ansiedad que empezaba a devorarlo.





Ramiro López dio una explicación a su gusto; algo borrosa. -Un pariente en Buenos Aires, cerca del gobierno, y su designación como ayudante del comisario Hermida, de Sauce Chico.



El de a caballo sonrió, mientras hacía un gesto pacífico.

No, amigo. ¡Si por una de esas cae el gobierno, yo me uno a su contingente, amigo Vidal!

(¡Comodón el paisano!) Muy heroico de su parte, López.

No muy lejos de allí se veía al sol del atardecer, la linda estampa de Juana Zubiarry. -¿Y la Juana lo deja ir, Vidal?-, preguntó Ramiro López. El gaucho sonrió tristemente.



Casi en seguida, mientras se alejaba, Ramiro López dijo en voz alta: -En lo que pueda favorecerlo, estoy a sus órdenes, Vidal. Nos conocemos dende años, ¿no?



Prudencio ya no dejó de mirar a Juana, atareada con unas ropas que había colgado al viento frío de esa tarde de setiembre.





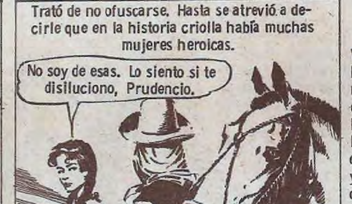


Le costó hablarle mirándola a los ojos. Esos ojos grandes femeninos y extrañamente pigmentados de verde y oro. ¡Cuánto la quería! -No nos hagamos más daño, mi prienda. Me voy. Y que el Cielo diga la última palabra .



Era un reproche que ya había sido formulado antes, pero volvía a dolerle al hombre que iba a una revolución. Sin perder su dulzura, le habló de su deber como hombre y correligionario...

... ¡pero era al ñudo! ¿Qué entendía una mujer de esas cosas sagradas para un paisano? Juana Zubiarry no comprendía que cuando un hombre honrado como Prudencio Vidal dejaba muchas cosas queridas para irse, empuñando una lanza, era porque la causa era mayor que sus mismos sentimientos.



Viendo al hombre que se disponía a examinar el armamento que llevaría hacia Dolores, Juana se dio media vuelta y escapó corriendo. Prudencio meneó la cabeza, resignado.





Media pampa se alzaba en armas al llamado del general Madariaga. -¿Yo en las pasivas? ¡ Ya verán quién es "Nutria" Rial, el capataz de Las Juntas!



Conversaron durante algunos minutos, hasta que llegaron Juana y Pedrito. Aquella lloraba, y don Nutria murmuró: -Me adelanto pa'l del pulpero. Me hace mal efeto matear bajo un sauce llorón . Montó, saludó a la Juana, y se alejó hacia el lado de la noche, por donde estaba la pulpería.



Se volvió hacia el sobrino y lo abrazó en silencio.

No viá llorar, tío Prudencio. Usté es un valiente. Ansina me lo estaba diciendo...



Besó al sobrino y después buscó abrazar a Juana, pero ella eludió al hombre, murmurando con fiereza: -¡Hasta más ver, Prudencio Vidal! ¡Vamos, Pedrito!

¡Ta gueno! Si ansina lo querís, Juana...



En la pulpería "La Tradición Argentina", un mozo de rostro enfermizo a quien le faltaba un brazo, dirigía otro aspecto importante de la revolución en marcha, distribuyendo gallardetes con leyendas alusivas al golpe que intentaba Valentín Alsina.



...es hombre de las autoridades. Era sargento, lo destituyeron, y ahora volvió a serlo.

Lo conozco. Se llama Suñez.

Al lado del sargento Suñez había un individuo achinado.

Le asiguro, mi sargento, que esto es un garito rivolucionario.

Seguí jugando, Peralta, Ya los conozco bien.

Barajaron, siguiendo la jugada. Suñez estaba en ese lugar "por otro mandato". Y esperaba confiado sin importarle nada de lo que hicieran a sus espaldas hombres como Pastor Leiva, por ejemplo.

Poco después, la estampa criolla de Prudencio Vidal se hizo ver en la pulpería, y hubo un movimiento de reptiles en la mesa ocupada por Suñez y Peralta.

El que nos indicón don...

¡Callate la boca!

Tocó con el codo a otro que estaba a su lado, murmurando: -Podés empezar la junción . Y en seguida, el achinado alzó la voz: -¡Por la rivolución, y contra el bogierno matrero que tanto daño causa con sus bellaquerías!





La engañosa actitud asumida por el sargento Suñez y sus compinches, tenía por fuerza que ocultar algo desagradable. Leiva salió de la pulpería por la parte trasera, y a poco un chico se acercaba a Prudencio Vidal con un mensaje.



Prudencio, a quien le extrañaba la ausencia de Juan Rial, tomó el papel que le alcanzara el muchachito.



El tal Peralta tocó con la punta de su bota en la del sargento, y éste entendió. O sacaban del medio a Prudencio Vidal en ese mismo momento, o la misión fracasaba. Por su parte, Vidal acababa de leer: "Esos que fingen ser sus amigos, son enemigos mortales. ¡Cuidado!"

Prudencio guardó el mensaje con pasmosa tranquilidad, mientras con el rabo del ojo seguía los movimientos de sus ocasionales "correligionarios". Y en seguida...



Dirigió sus pasos hacia la entrada del local, mientras varias voces aseguraban que había lugar de sobra para dormir.

(¡En el camposanto, amigazo! ¡Ja, ja, ja!) ¡Aura!

Bajo los ponchos surgieron los facones, y cuatro asesinos se dispusieron a ultimar a un hombre solo. Era la orden de alguien que se llamaba Ramiro López, allá en Sauce Chico.



Pastor Leiva, un lisiado, con la compañía de un muchachito armado de una barreta de hierro, se lanzaron sin vacilar contra el siniestro puñado de criminales.

¿Eh? ¡Te voy a dar, imbécil!

La primera víctima iba a ser Pastor Leiva, pero su sangre fertilizó la de Prudencio Vidal, quien convertido en una furiosa máquina de matar, abatió dos rivales en contados segundos...

...ahuyentando al resto.



Se quedó con un muerto entre los dedos crispados, pero nada pudo saber. Esa misma noche enterraron al heroico Pastor Leiva y la historia de su sacrificio empezó a correr por los campos como clarinada de guerra. Mientras tanto, allá en Sauce Chico, misteriosos encapuchados...

...arrearon las vacas que pertenecían a Prudencio Vidal, luego de matar a los dos hombres encargados de cuidarlas. La turba de ladrones, no conforme con eso, se llevó unos treinta animales que pertenecían a los Zubiarry. Juana estuvo a primera hora frente al comisario Hermida.



El viejo don Cosme había podido descubrir entre los salteadores a Peralta, y no estaba equivocado. Peralta trabajaba para el sargento Suñez, como éste lo hacía para Ramiro López. El comisario, que parecía hombre de bien, indagó hasta el cansancio, y obtuvo sus resultados. Un milico...



Parte de la hacienda había sido vendida en Las Juntas. El comisario recuperó la que pertenecía a los Zubiarry. No se tuvieron noticias de Ramiro López y sus compinches.



Ramiro López y sus secuaces tuvieron que ocultarse por un tiempo, pero les sobraba dinero y eso facilitó las cosas.

(¡Y si puedo, viá cobrárselas también a ese comesario!)



Las desgracias que le anunciaba su corazón de mujer habían pasado por el límite de su rancho, y habían clavado la zarpa, para después huir hacia las sombras.



Para colmo, ninguna noticia tenía de Prudencio Vidal. La revolución de Valentín Alsina se había apoderado del gobierno...







Uno de los individuos preguntó qué se sabía de la revolución tratando de entretener a la moza. Otro dio un rodeíto, y cuando pudo estiró los brazos y sujetó a Juana por la boca.



Cuando Pedrito volvió al sitio donde había estado Juana, sólo esuchó el chistido de una lechuza. Desesperado regresó al rancho, abrazándose a don Cosme.



Esa misma noche, varias partidas enviadas por el comisario Hermida, buscaron infructuosamente a Juana Zubiarry. Y en los caminos, y en las pulperías, se habló hasta el cansancio de lo que había ocurrido en Sauce Chico.

Un hombre que había estado bebiendo junto a la reja, se dirigió al oficial de policía resueltamente. Era Juan Rial, más conocido por "Nutria". Volvía de Dolores, apenado porque no le habían permitido ingresar en el contingente del general Madariaga, cuando se cruzó con aquellos canallas buscados.



Fue el colmo. El oficial lo tomó por borracho y no le hizo caso.

¡Soy amigo de Prudencio Vidal, y ella es su prienda!

¡No amole más la paciencia, viejo!

Ofuscado, rabioso, Juan Rial saltó sobre su alazán, buscando otra vez la huella de los cuatreros. Y antes del amanecer la encontró. Y degolló al que estaba de guardia cerca de la prisionera.

Usted es "Nutria", ¿no es ansina?

¡Viá ser el mesmo mandinga pa' estos bellacos, moza!

Se ocultó tras un ombú, pistola en mano. De esa manera iba a ahorrarse algún esfuerzo. Los años no habían pasado en vano para el valeroso don Nutria. Peralta fue el siguiente canalla que se acercó a la cautiva. La bala le entró en un ojo, y cayó como fulminado.



Ramiro López llegaba por el camino de La Encrucijada. Allí iba a reunirse con sus compinches. Cuando llegó vio un río de sangre, y a cuatro canallas muertos. Los cuatro que lo esperaban.



Bastante herido, el valeroso Juan Rial se liberó de Juana Zubiarry que lo atendía como a su propio padre.



Ramiro López era un mandria. A la vista de tantos desastres se sintió en poder del miedo, y sin apearse de su tobiano, dio media vuelta y poco tardó en desaparecer campo afuera.



Ese día no iba a verlo el conocido "Nutria". Apenas llegado a su rancho de Las Juntas, entregó su alma al Creador.



Las Juntas despidió al heroico vecino, como correspondía a esas horas en que el sur criollo vivía la euforia de los triunfos inmediatos al del once de setiembre, y Juan Rial había sido un fervoroso partidario de don Valentín Alsina.

Juana estuvo otra vez junto a su tata y junto a Pedrito. El comisario Hermida destacó por algún tiempo una guardia permanente cerca del rancho de los Zubiarry...



...pero cuando Prudencio Vidal volvió a Sauce Chico, convalesciente de una herida hecha por una lanza urquizista, el comisario consideró que la guapa Juana ya tenía en el valiente gaucho a toda una guardia de acero; y retiró sus hombres.



Ella le cubrió los labios con su mano áspera de mujer acostumbrada a los duros menesteres rurales.



Duras épocas aguardaban al gaucho empobrecido.





Aquella amarga historia pasada quería ser olvidada por el gaucho. Y con pasión se entregó a la tierra que tantas y tantas satisfacciones le diera, hasta muy poco tiempo antes.

Terminaba el verano, cuando llegó a Sauce Chico un forastero bien aperado y con ropas lujosas, además de un bolsillo cuidadosamente forrado en plata. Estuvo comprando lana en diversos puestos. Después volvía a la pulpería "La Tradición Argentina". Bebía y pagaba copas...

...y hasta llegó a hacerse sospechoso para algunos; los menos.



Aquel muchachito tan servicial, que apoyando al recordado Pastor Leiva había contribuído a salvar la vida de Prudencio, puso al forastero en contacto con Vidal.



Guiado por Prudencio, el forastero -decía llamarse Roquendo- hizo nuevos negocios. Una noche, en que Roquendo invitó a una fiesta a Prudencio Vidal, éste tuvo que convencerse.



Roquendo no quiso aceptar "un lugarcito en el rancho", tal como eran los deseos de su nuevo amigo Vidal.

Seis o siete días más y me marcho, amigo.

Tenía algo que había fascinado al simple Prudencio. Tal vez su ropa de calidad, o su magnífico facón de oro y plata. O su labia de político rural. Roquendo era hombre simpático, pero a Juana Zubiarry le bastó hablar con él durante cierto asado en casa de amigos, para desconfiar.



Nadie lo había visto nunca. El decía ser de El Rosario. Y tenía mucha plata... aunque no era suya. Marcial Roquendo era un títere de la venganza de un individuo tan canalla como cobarde, llamado Ramiro López.



Unos días más, y Prudencio Vidal quedaría a la vera de un camino con los brazos abiertos y la garganta cortada.



Marcial Roquendo logró mayor adhesión por parte de Vidal cuando hizo varios y finos obsequios a Juana.

¡Es un pueblero distinguido, y no lo sabís interpretar, Juana! ¡Pucha con mi futura mujer!

Por las noches, y regresando a la pulpería donde se hospedaba, Roquendo se desviaba por el camino solitario a Las Juntas. Allí, un jinete esperaba los informes para "el patrón". A quince leguas, Ramiro López también esperaba.



Cuando Roquendo llegó esa noche a la pulpería, y tomando una copa con el pulpero dijo que había estado con Prudencio Vidal "cantando algunas vidalas revolucionarias", no advirtió que alguien le miraba las botas. El famoso "barrito colorau", sólo se hallaba en el camino...

... a Las Juntas. Y por ahí no se iba a casa de Vidal.)



Ese joven era, sin la menor duda, el ángel tutelar de aquel gaucho Prudencio Vidal. Y como en la noche en que le salvara la vida -la noche de la muerte del útil Pastor Leiva- corrió con su advertencia a Prudencio.





Sin embargo no quedó muy convencido, Prudencio Vidal. Luego, a solas, pensó y pensó. ¿Qué podía haber de interesante en el feo y barroso camino a Las Juntas?



¿Mañana? Prudencio Vidal nunca dejaba las cosas para el día siguiente; si es que las podía aclarar sobre el tambor. Se largó para la pulpería, pero al llegar ya habían cerrado. Dando un rodeo vino a encontrar el caballo que solía utilizar el forastero de El Rosario.



Gran sorpresa e intensa decepción; todo en la mañana siguiente. Roquendo primero negó haber estado en ese camino del barro rojizo. Después mintió, hundiéndose más en el fangal.



Marcial Roquendo insistió en afirmar que Mary Walter tenía su estancia en el camino a Las Juntas desde hacía poco más de un mes. La conoció accidentalmente y...



Con gran soltura, el canalla agregó: -Ella ya oyó hablar mucho del heroico Prudencio Vidal. Si me acompaña, podremos darle una grata sorpresa... a mi futura esposa. ¡Venga conmigo esta nochecita, Prudencio!

Mientras cabalgaba en soledad, Roquendo iba riendo. ¡Se sabía muy astuto, pero nunca creyó que lo fuera tanto! De una situación molesta había pasado a otra muy conveniente. Porque Vidal iba esa noche a la misma boca del lobo.



Prudencio pasó el día muy reconcentrado; con pocas ganas de trabajar. Juana estuvo consultándolo por un problema que tenía con un animal que acababa de comprar para cría.



Caía la tarde. Juana volvió a su rancho. Poco después salía en dirección del pueblo. El comisario Hermida la recibió con el afecto de costumbre. Era un gran hombre, y mejor policía.



Prudencio y Marcial Roquendo se encontraron en la pulpería.



Según Roquendo, Mary Walter los esperaba ansiosamente.



Ya casi no había barro en el sendero de Las Juntas. Ese barro que en ocasiones parecía agua mezclada con sangre. Ambos jinetes estaban alejándose de Sauce Chico, cuando un par de sombras se movieron tras ellos. Tres dagas contra Prudencio Vidal. Tres, para terminarlo.



Iba hacia donde le marcara su destino, aunque la marca fuera de muerte. Nunca había sentido miedo en la vida. Tampoco lo sintió al escuchar la voz de Ramiro López a sus espaldas.



El elegante forastero que había servido de trampa para los fines de aquel siniestro Ramiro López, largó la risa.

¡Aquí lo tiene mansito, Ramiro López! ¡Degüéllelo si así se le antoja; y luego pagueme!

Prudencio sacó el facón dispuesto a morir peleando. Pero entonces la noche se hizo un furioso malón de armas que corrían a ayudarlo. Y las armas tenían su mascota. Una mujer. Juana.

¡Tenís mucha suerte, Prudencio Vidal! ¡Canejo!

A ninguno de esos tres canallas -Ramiro, Roquendo, y el otro, el que hizo de estafeta durante muchas noches- les convenía entregarse. Optaron por intentar la huída. Esta vez el comisario Hermida, Prudencio Vidal y los milicos, lo impidieron.



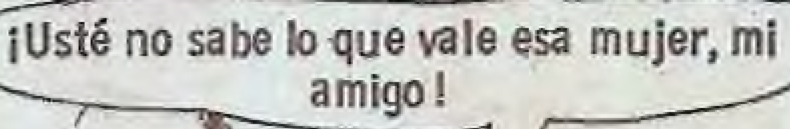
Los tres muertos ya no significaban nada para Vidal. Era hombre que miraba hacia adelante. Y en el camino de regreso a Sauce Chico estaba la mujer que seguía queriéndolo pacientemente. Y esperándolo.



"No soy de esa clase de mujeres decididas, Prudencio. Creo que no lo seré nunca", contestó ella. Pero nunca como en esa noche, los ojos en verde y oro de Juana Zubiarry, se mostraron tan embusteros y fascinantes.



Más tarde, el comisario le contó todo a Vidal.

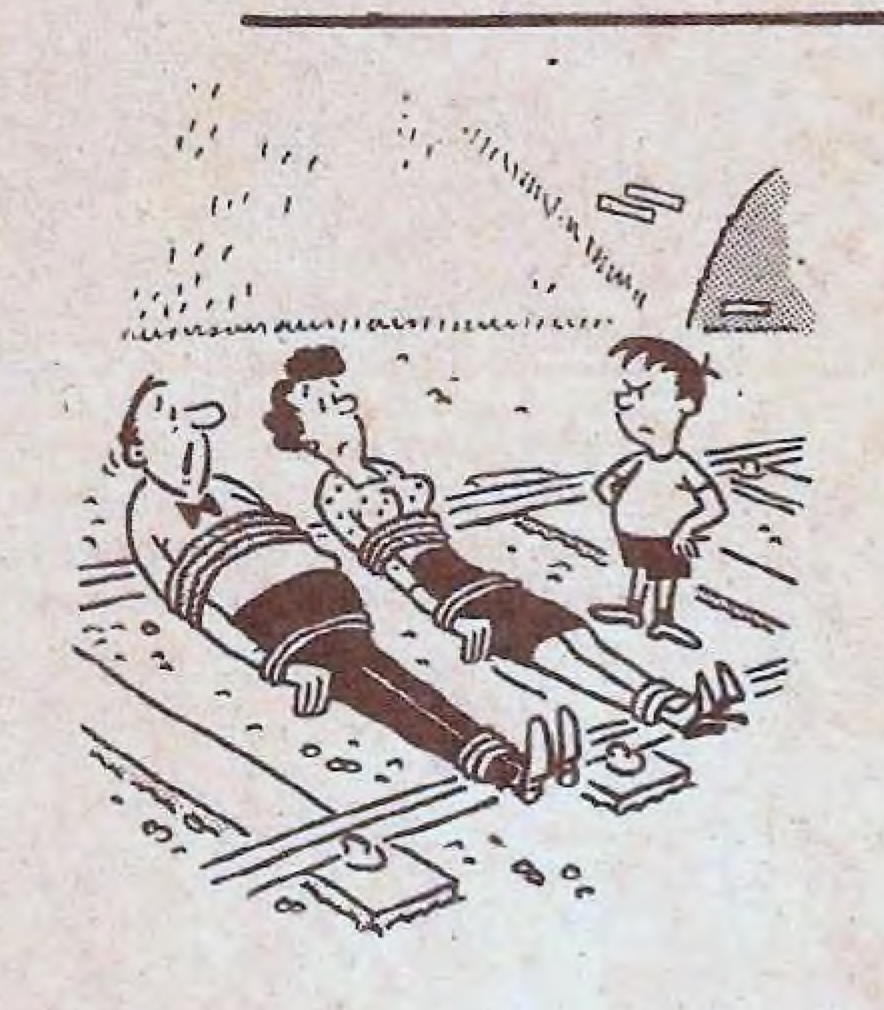




Y para que no le siguieran fastidiando la paciencia, Prudencio anexó su rancho al de los vecinos: los Zubiarry. Allí justamente, vivía Juana, su antiguo amor. Se casaron antes del invierno. -Nada mejor pa'esquivar las heladas-, sentenció socarronamente el astuto comisario Hermida...



AHORA RÍASE



-Por lo visto, hemos fracasado como padres, querida.



-¡Un momento! Creo que me he equivocado de dentadura, señor.



-Temo que el maestro se enoje esta vez.



-Pase, vecina. Pero tendrá que disculparnos. Tenemos la casa patas para arriba.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

TEATRO CERVANTES

DIBUJOS DE VOGT

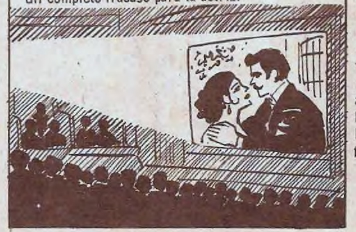
El 6 de octubre de 1915, en plena guerra, desembarcaban en Barcelona la eximia actriz María Guerrero y su esposo, el actor Fernando Díaz de Mendoza. Venían de cumplir una tournée por Sudamérica y ya había nacido entre ellos la idea de levantar un teatro en la República Argentina.



Los productores, sin embargo, quisieron insistir con una obra más ambiciosa. Llamaron a Eduardo Marquina y le encargaron el guión. Trabajó firme el autor catalán y pronto pudo ofrecer la trama de una historia. Se llamaba: "Un solo corazón"



María Guerrero creyó en su éxito y ofreció, para su estreno en Madrid, nada menos que la sala de su teatro de La Princesa. La empresa resultó un completo fracaso para la actriz.



¿Qué ocurría? La sociedad se estaba transformando. La guerra del 14 cambiaba la personalidad de la juventud. Otros gustos, otros problemas, preocupaban a la conciencia pública. El público se desplazaba hacia los varietés. Era famosa entonces Mercedes Serós y su "Diego Montes"



También eran famosas "La Chelito", Teresita Pons, Teresa España. En las carteleras teatrales figuran títulos como éstos: "El chulo encefalítico", "Serapio"... apio". Parece que no había lugar para el repertorio que cultivara María Guerrero



La guerra rueda ahora su dolor y su miseria en las tierras de Marruecos. Ha terminado la gran guerra europea. En España se produce la "semana trágica", y la angustia llena todos los corazones; los españoles se enfrentan con los españoles.



¡Me ahogo, Fernando! Todo ha cambiado.

El mundo es ancho, María. Tenemos muchos proyectos para cumplir. Su Europa no comprende nuestro arte; nos queda América.

1362





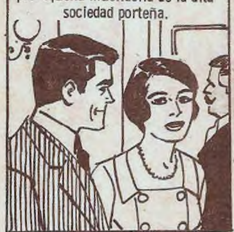


El trabajo avanzaba tan rápidamente, que en setiembre de 1921 ya estaba a punto de ser inaugurado. María Guerrero, secundada por el arquitecto Fernando Aranda, había vigilado cada uno de los pasos de la realización de la obra.





Se encontraron varias veces. Albertina lo esperaba siempre en la confitería del Gas, en la tercera mesa que daba por Esmeralda. Nació entre ellos una amistad que se hizo más profunda, que fue creciendo.



Albertina era elegre, culta. Pero tenía algo extraño. Gozaba de una forma especial cuando Ernesto le hacía algún regalo, o le compraba algo que era el motivo de su último capricho.



Los ojos de Albertina se llenaban de codicia cuando veía algo que le gustaba, que quería que le compraran. Sufría un desenfrenado deseo de tener joyas y vestidos y pieles. Trataba de disimular su codicia con una dulce sonrisa que vencía las pocas resistencias de Ernesto Hidalgo.







Eres una solitaria...

Ernesto agregó aquella opinión que quedó suspendida en el aire; tratando de salvar a Albertina de la turbación que le llenaba los ojos y le hacía jugar nerviosamente con la copa que tenía entre las manos.











Ernesto miró hacia afuera, hacia la calle. Un anciano ciego, acompañado de un muchacho que hacía las veces de lazarillo, pedía limosna a los transeúntes en la esquina de Rivadavia.







Estoy desesperada...

¿Por qué? ¿Qué misterio hay en tu vida?

En mi vida no hay misterio, sino dolor. Pero eso no interesa. Invítame a beber otro anís, Ernesto, por favor...

El día en que se realizó la reunión de prensa, Albertina estaba resplandeciente. Mereció los mejores elogios de los hombres y las más intensas miradas de envidia de las mujeres. Era una dama de gran mundo.



Ernesto Hidalgo había mentido. Fue un extraño presentimiento el que lo obligó a mentir. Y aquella mentira le trajo de pronto una fascinante revelación.



Ernesto calló. Iba descubriendo el misterio que rodeaba a Albertina. Había un hombre, Luis Monteagudo. Otro hombre. Le dolió haber penetrado a la intimidad de su vida. Amaba a Albertina.







Albertina. Yo te quiero. Te amo.

¡Ernesto!





Albertina... ¿Quién es Luis Monteagudo?

¿Qué dices? ¿Qué sabes?

Albertina calló. Otra vez su silencio frío. Otra vez su mirada fría. Otra vez su desesperación, su rabia, su egoísmo sin límites. Y también otra vez la mentira, su mentira, su enorme y mala mentira. Otra vez la codicia...





Quédate tranquila. Voy a salvarte. Mi amor va a salvarte. Hablaré con María Guerrero. Le pediré que me suplanten. Nos casamos y nos vamos a España de inmediato. Allá comenzarás una vida nueva.



Ernesto Hidalgo habló con María Guerrero. Lo que él pedía era difícil de otorgar. Faltaban menos de tres días para levantar el telón; no resultaría fácil encontrar un sustituto para su papel.



Ernesto quiso localizar con urgencia a Albertina. Recién entonces se dio cuenta que no conocía la dirección de donde vivía la mujer amada. ¿Por qué Albertina ocultaba celosamente algunos detalles de su vida?

Recordó entonces al periodista con el que había estado conversando durante la reunión de prensa y fue a verlo. El le suministró los datos que necesitaba.

Es una mansión, en Palermo Chico.





Un taxi condujo a Ernesto hasta la casona de los Sanmartino. Una larga hilera de árboles oscuros asomaban por sobre las blancas y lisas paredes de la tapia. Llamó varias veces. Estaba impaciente. Al fin lo atendió el mayordomo.



Albertina había aparecido bajando una larga escalera de mármol blanco. Parecía confundida, enojada, molesta.

Tengo muy buenas noticias para darte.



¡Te dije que te vayas!

No sé, pero. . ., pero creo que me estoy arrepintiendo de muchas cosas. Los misterios no me gustan. Vamos a casarnos, vas a ser mi esposa, tengo derecho a conocer tu familia.









Ernesto Hidalgo conoció entonces el mundo prohibido de Albertina. Conoció a su madre, gallarda y silenciosa, a sus hermanas menores, un poco tristes;a su hermano lleno de rebeldía y conoció también a Luis Monteagudo, el primo y el prometido.

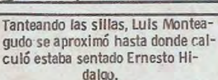








Tanteando las sillas, Luis Monteagudo se aproximó hasta donde calculó estaba sentado Ernesto Hidalgo.



Albertina se puso de pie y salió violentamente del comedor.



Luis Monteagudo se fue guiado por un sirviente. Prácticamente nadie quiso cenar. Ernesto Hidalgo conoció entonces la historia de aquel muchacho delgado y pálido. Se estaba quedando ciego, irremediablemente ciego.



Ernesto se despidió. Salió al jardín buscando a Albertina. De pronto la revelación le había llenado de frío el alma. Le temblaban las manos.

Déjame. No quiero verte más en mi vida...

No me verás nunca más, Albertina. Tú no quieres a nadie. Eres egoísta. Me utilizabas para salvar tu compromiso.







Albertina se echó a reír. Ernesto Hidalgo la miró lleno de espanto. Sintió piedad por ella, condenada por su propia codicia, y entonces huyó por un sendero del parque. Al llegar a la tapia escuchó como aquellas carcajadas enfermizas se estrangulaban en un inconsolable llanto.



Tres días más tarde, se levantaba por primera vez el telón del Teatro Cervantes. Ernesto Hidalgo fue el primer actor en salir a escena. Jamás en su vida olvidaría Buenos Aires y aquella temporada en la nueva sala.

La desesperada imagen de Albertina sería para él la encarnación viva del egoísmo humano. Sentía espanto cada vez que recordaba lo cerca que estuvo de caer en una terrible trampa de amor...



VOGT. 68

GOTITAS DE ALEGRÍA



-Hasta ahora no lo tocó, pero el suspenso me mata, doctor.



-¡Y pensar que viéndole tan aficionado al ajedrez se me ocurrió comprarle un libro de problemas!



-He de ir un momento al toilette. Así no te moverás de aquí.

Intervalo Álbum 120 -XV- 2/1966











En la vida, miss Emily había estado prácticamente a cargo de la municipalidad local, desde aquel día de 1894 cuando el alcalde, el viejo coronel Sartoris, había resuelto que no se le cobrarían impuestos.

No podemos pretender que la hija de nuestro amigo Gastón, pague impuestos, caballeros.

Naturalmente, coronel, naturalmente...





Así terminó el episodio, con toda sencillez. La huérfana de los Grierson aceptó la palabra del coronel y dejó de pagar sus impuestos, hasta que una generación más tarde alguien lo descubrió.

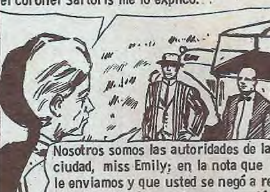
Se trataba de gente de ideas más "modernas", sin sensibilidad, que no comprendían cosas como sentimentalismo o caballerosidad.

Enviemos una nota urgente.

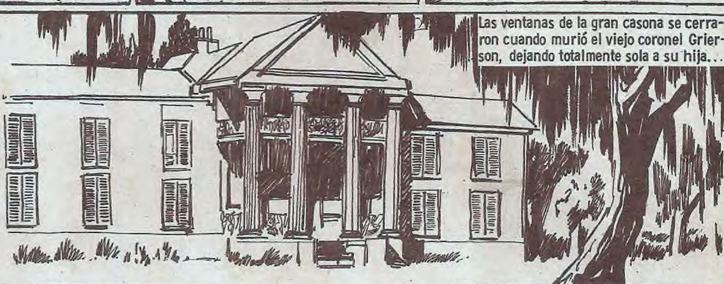
Hay que reclamar el pago de impuestos atrasados a miss Emily, debe la friolera de 30 años.

125









Poco después, cuando su prometido la abandonó, Emily dejó de salir a la calle, dejando que su servidor negro -entonces joven y fuerte- hiciera todas las compras necesarias.

Como si un hombre fuera capaz de hacer los trabajos de la cocina, limpiar y todo eso.

¡Puaf! Por eso hay ese olor espantoso en la parte de atrás de la casa, Gertrudis... ¿Te diste cuenta al pasar?

Creo que debemos quejarnos al juez Stevens...

Te acompaño; debe de haber una ley que prohiba tener tan sucio un patio...








A medianoche cuatro hombre trabajaron silenciosamente en el patio de la casa en sombras, buscando el origen del mal olor.
Egidio Esteban/2019
Cuando por fin se marcharon, derrotados, advirtieron que en una ventana del segundo piso que estuviera hasta entonces a oscuras, había una luz, Miss Emily parecía contemplarlos desde allí.
El mal olor prosiguió durante un par de semanas, y luego desapareció como comenzara, repentinamente.
En esos días dos mujeres vieron salir del cemeterio a miss Emily en horas en que estaba prohibida la visita..., pero como de costumbre, cuando se trataba de un Grierson, nadie protestó.
Fue entonces cuando todo el pueblo comenzó a sentir lástima por ella, encerrada todo el día, yendo al cementerio a visitar la tumba de su padre durante las noches.
¿Recuerdan a su tía abuela, la que murió loca?
La culpa es del viejo Grierson. Ahora que el novio la plantó, quedará soltera.
En los últimos diez años rechazó a todos los muchachos nes del pueblo que se le acercaban, y tuvo que noviar con un forastero que le temía al matrimonio.
Con toda la razón del mundo. Tampoco yo hubiera querido casarme con ella sabiendo que hay una rama de locura en la familia.
La verdad era que al pueblo le resultaba vindicatorio poder por fin apiadarse de ella. Cuando su padre había muerto, dos años atrás, antes del episodio del novio fugitivo, las damas de Jefferson fueron a hablar con Emily para ofrecerle su ayuda...
Hemos venido a hablar contigo, Emily..., sobre la muerte de tu pobre padre... ¿Podemos pasar?
Mi padre no ha muerto, señora Rawlins; está enfermo...
¡Pero, Emily? ! El doctor Simmons acaba de firmar su certificado de defunción; nosotras vinimos para ocuparnos del sepelio, déjanos pasar...
Se equivoca, señora Rawlins, mi padre mejorará con la llegada de la primavera, y ahora, perdóneme, pero debo ir a asistirlo...
Nadie dijo entonces que estaba loca; simplemente todo el pueblo comprendió que debía aferrarse a la única realidad que conocía; el mundo paterno, y que eso era razonable...
Tres días después su espíritu se quebrantó lo suficiente como para permitir que enterraran a su padre...

Allí fue donde Homer Barron la vio por primera vez... Homer era el capataz del equipo de pavimentación recién llegado del Norte.

¡Eh! ¿Quién es la figurita esa que va detrás del cortejo?

La hija del viejo Grierson; se llama Emily...

Conque Emily, ¿eh? Tendré que hacérmela presentar...

Pronto comenzaron a salir a pasear juntos los sábados, en un elegante coche tirado por dos hermosos caballos ...Emily parecía dichosa por primera vez en su vida.

Entonces comenzaron las habladurías. Era inaudito que la última de los Grierson paseara con un forastero, un norteño, un hombre que se ganaba la vida con el trabajo de sus manos.

Esto es absurdo. Habrá que escribir a sus primas de Alabama para que pongan en orden las cosas.

¿Y si pedimos al ministro baptista que lo haga? Es un verdadero ultraje a nuestra sociedad lo que ocurre.

La verdad era que formaban una buena pareja, pero Homer no era el tipo de hombre que se casan fácilmente.

Hola, Homer. ¿Vas a visitar a tu novia?

No digas que es mi novia, Bill; es simplemente una chica con quien salgo. Yo no tengo novia.

La rotunda afirmación de Homer tuvo rápido eco. Homer Barron dijo que Emily es simplemente una chica con quien sale... que no tiene novio...

Evidentemente, no piensa casarse con ella.

Bueno, ustedes saben que la familia Grierson es episcopal y que no frecuentaron nunca mi templo, pero iré a hablar con miss Emily.

¡Me parece perfecto!

Esa noche, el ministro fue a hablar con miss Emily...; nadie supo nunca cuál fue el tema de su conversación, pero la verdad fue que se negó a volver a visitar a la última Grierson, y que Homer Barron siguió saliendo con ella los sábados y domingos.

La propia esposa del ministro baptista escribió a las primas solteronas de miss Emily en Alabama, y días después, llegaban en un lujoso coche tirado por briosos caballos.





¿Habrá boda entonces?

¡Bah! Yo no creo en el matrimonio, tonto.

Nadie se sorprendió cuando Homer Barron se marchó silenciosamente;muchos pensaron que por fin miss Emily había triunfado y que el norteño iba a arreglar sus cosas para casarse con ella a su regreso, pese a todo lo que había dicho en contra del matrimonio.
Y pronto corrió la noticia como un reguero de pólvora por todo el pueblo.

Miss Emily había comprado un estuche con cepillos y navajas, seguramente un regalo de bodas.











Esa fue la última vez que Homer Barron fue visto en Jefferson. El servidor negro de miss Emily buscó el coche en el establo y se lo llevó, y el pueblo comprendió que el pretendiente de la última Grierson se había marchado para siempre. La gran casona quedó desde entonces como si hubiera sido una casa abandonada, sus ventanas cerradas...





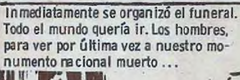
Y todo el mundo volvió a repetir aquella frase: "Pobre Emily", hasta que reapareció en las calles para visitar por las noches la tumba de la familia, un fantasma más, cuyo cabello, pronto comenzó a ponerse gris.

El tiempo transcurrió, rápidamente para Jefferson, lentamente para miss Emily Grierson, cuyo único contacto con el mundo pronto fue tan solo el fiel servidor negro.



Cuando miss Emily murió, nosotros no sabíamos siquiera que había estado enferma... Hacía tiempo que no intentábamos arrancar informaciones al sirviente negro.







Las mujeres, por simple curiosidad, después de tantos años sin entrar en la residencia de los Grierson.





Los veteranos sobrevivientes hablaban de miss Emily como si hubiera sido contemporánea de ellos...

Con esa falta de precisión que tienen para el paso del tiempo los viejos, que confunden el pasado con una gran pradera a la que el invierno jamás toca, separado del presente por el estrecho desfiladero de los años recientes.

Cuando el cortejo fúnebre salió de la casona, quedé con Jeb Watkins y Horace Trevor... Había algo en aquel sitio que nos forzaba a no movernos de allí.








Deben de haber pertenecido a aquel novio que tuvo... el que la abandonó...
Sí. Busquemos a ver qué otras cosas hay.
HB
Fui yo quien encontró el cofrecillo con el diario adentro. Con manos temblorosas por la excitación, lo abrí.
Miren esto. El diario personal de miss Emily.
Abarca casi toda su vida. Oiganesto, es de la fecha de la muerte de su padre...
"... el tiempo debe detenerse, mi padre no puede haber muerto, me negaré a admitirlo. ¿ Por qué voy a aceptar que ha muerto? No quiero quedarme sola."
Seguí volviendo las páginas amarillentas del diario... La letra menuda y pareja de miss Emily parecía haber estampado en ellas su propia personalidad extraña. Llegué a los días de sus relaciones con Homer...
"...creo que me quiere, aunque no me lo haya dicho aún... Es natural, siendo forastero, le cuesta trabajo decidirse, pero yo sé que...
"... me ama y que será el único hombre de mi vida. El único hombre..."
"...como eché de casa a ese antipático ministro baptista, han llamado a mis primas de Alabama..."
"... se irán como vinieron, sin conseguir nada de mí. No quiero volver a estar sola en mi vida. ¡No quiero!"
"Homer está de viaje. Anoche vino a despedirse de mí, dijo que volvería y me dio a entender que me pediría entonces que me case con él..."


"...soy tan feliz que me parece que el corazón me va a estallar dentro del pecho; nunca más estaré sola."
"Homer está por regresar del Norte. Acabo de echar a mis primas; no quiero saber nada con ellas. Cuando Homer venga, me encontrará sola, esperándolo."
No sé si es decente que sigamos leyendo... es como desenterrar un muerto...
¡Vamos! Tú empezaste... Termina ahora. Por fin sabremos qué ocurrió entre miss Emily y su Homer...
"...hoy Homer me sacó a pasear como de costumbre, y todo se acabó."
Sabes que el pueblo hace comentarios, ¿verdad?
¿Sobre qué?
Bueno, sobre nosotros; dicen que nos casaremos...
¿No quieres... casarte... conmigo?
¡Por favor, Emily! ¡No alces la voz! Estas escenas no me gustan.
Está bien, ven esta noche a cenar conmigo, y conversaremos nuevamente.
No sé si seguir viéndote, Emily... No creía que te tomarías las cosas tan en serio.
¡Por favor! Ven... aunque sea a despedirte de mí.
Está bien... Creo que será lo mejor para ambos.
"...esperé a que se marchara y salí a la calle; una nube opaca parecía haberse extendido ante mis ojos. Las palabras de Homer repercutían en mi cerebro..."


"... entré en el almacén sin darme casi cuenta de lo que hacía, y hablé con voz, que no parecía la mía..."
Quiero veneno...
¿Qué clase de veneno, miss Emily?
El más fuerte que tenga... arsénico...
¿Es para ratas? Creo que no necesita llevar algo tan peligroso, miss ...
He dicho que quiero arsénico.
Está bien, está bien. No se enoje conmigo; ocurre que la ley ordena especificar el uso.
¡Gracias!
" Anoche todo ocurrió como en un sueño. Homer vino a casa, según había prometido."
" Yo no quería volver a quedarme sola."
¡Por favor! No me abandones, Homer. Yo seré una buena esposa para ti.
Ya lo sé. Pero yo no sería un buen esposo. Mejor nos despedimos ...
"Le pedí que me besara por última vez. Por última vez en nuestras vidas..."
"... después del beso, le ofrecí una copa de whisky; la última que bebería conmigo..."
Brindo por ti, que seas muy feliz, Emily. Lo mereces.
"Vi cómo bebía; luego lo vi crisparse, sacudirse como golpeado por una mano poderosa, y por fin, desplomarse mirándome con una pena tremenda, al comprender lo que ocurría..."
Nunca me abandonarás, Homer, nunca.



"Todo ocurrió como en un sueño, y en estos momentos tengo en mi alcoba a Homer, muerto, pero mío, para siempre. Ya nunca volveré a estar sola."

Ahora recuerdo lo que se dijo en el pueblo cuando yo era niño acerca del espantoso olor que durante algunas semanas hubo en los alrededores de esta casa.















PÁGINA ALEGRE



-¿Antes de continuar, alguna de ustede quiere maquillarse?



-¿Tiraste recién hojas de té en la pileta, mamá?

-¡Pobre García! Lo encontraron sacando punta al lápiz con una afeitadora.



-¿No ves que dice en el frasco: "Guarde los remedios donde los chicos no puedan encontrarlos"?



-Yo no confío en los hombres que dicen ser "la cabeza del hogar"; podrían mentir en cosas importantes también.

LA ILUSTRE CASA DE RAMIRES

Intervalo Álbum 120 -XV- 2/1966

Eça de Queiroz (1845-1900) está considerado como el más grande de los novelistas de la literatura portuguesa y un escritor de significación universal. Abogado, periodista y diplomático, tuvo, junto a su vasta cultura, un conocimiento directo de las gentes. En una prosa limpia y artística, dió una visión crítica de la sociedad de su tiempo. Un constante escepticismo y una permanente ironía trascienden de todas sus páginas, aun de éstas de «La ilustre casa de Ramires», escritas con el propósito de alentar la reconstrucción de Portugal.

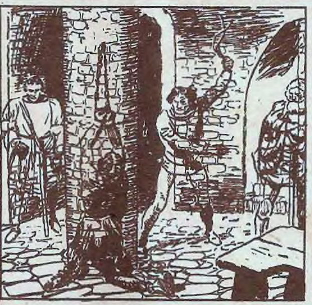


ADAPTACIÓN

Desde las cuatro de la tarde, en el calor y el silencio de un domingo de junio, Gonzalo Mendes Ramires trabajaba en una novela histórica, «La torre de los Ramires», destinada a glorificar las hazañas de su ilustre ascendencia. Sentado en su silla de cuero, ante la enorme mesa de patas torneadas, Gonzalo divisaba la inspiradora de su obra: la antiquísima torre, cuadrada y negra, cubierta de hiedra y con hondas ventanas enrejadas.



Debajo de ella aún negreaba la mazmorra feudal, medio obstruída, con restos de cadenas sujetos a los pilares y en la bóveda la argolla de donde pendía la garrucha, y en el piso los agujeros en que se asentaba el potro del suplicio. Y en esa húmeda cueva los castigados habían aullado bajo el azote o en el torniquete, hasta que largaban, agonizando, el último grito. ¡Ah, la romántica torre, tan hermosa y delicada a la luz lunar, cuántos tormentos había cobijado!



Seis meses atrás, un ex compañero de Gonzalo, Castanheiro, había fundado un semanario con el fin de despertar en todo el país el amor, tan entibiado, a las bellezas y a las glorias de Portugal. Era necesario reanudar la tradición y ningún colaborador podía ser más eficaz en ese sentido que Gonzalo. Así se lo hizo saber una tarde Castanheiro:







Egidio Esteban/2019

Gonzalo era, en efecto, el más genuino y antiguo hidalgo de Portugal. Los Ramires entroncaban límpidamente su casa, por línea pura y siempre varonil, con aquel gigantesco Ordoño Mendes, señor de Treixedo, que en el año 967 se había casado con la hija del Rey de León. En la tierra y en el mar, raros son desde entonces los combates en que no se distinga un Ramires; queda en la leyenda aquel noble capitán, Baltasar Ramires, que en el naufragio de la «Santa Bárbara» se pone su armadura, y en el castillo...



...de proa, rígido, se hunde en silencio con la nave que se pierde, apoyado en la espada. Y también el paje Paulo Ramires, quien, ni desarmado ni herido en la batalla, pero no queriendo vivir más, puesto que el Rey no vivía, monta en un caballo que ve pasar, agarra un hacha, y gritando: «¡Vete, alma, a servir...



...a la de tu señor!», se lanza entre la chusma morisca y desaparece para siempre. Otro Ramires, un Vicente, en tiempos de los Felipes, entra en Castilla, vence a los españoles y toma a Fuente Guiñal, cuyo furioso saqueo preside desde la balaustrada de un convento, comiendo tajadas de sandía.



El hidalgo estaba decidido a trasladar a la crudeza de una mañana de diciembre, como más adecuada a la rudeza...



...feudal de sus abuelos, aquella lucida cabalgata de marinos y soldados, que las crónicas extendían, a través de una suave melancolía otoñal, por las vegas del Mondego, con un vistoso relampaguear de cascos y lanzas alrededor del pendón desplegado. Gonzalo, impresionado por la efervescencia de su amigo, rumió durante varios días la idea. Todo en ella seducía..., pero, más que nada, la antigüedad de su raza popularizada por una historia de heroica belleza, en la que con tanto fulgor resaltaría la bravura de los antiguos Ramires... En cada momento crítico de la historia de Portugal, siempre un Mendes Ramires se había distinguido por el heroísmo, por la lealtad, por el noble espíritu. A él le estaba reservado renovar el recuerdo de aquellos héroes y cantar, desde la misma torre, las aventuras que en ella antaño se habían desarrollado. Seis meses más tarde, estaba, pues, cumpliendo su misión...

A muchos acontecimientos había pasado revista esa tarde. Uno de ellos lo había dejado pensativo. Era el que se relacionaba con Andrés Cavalleiro, actual gobernador de Oliveira, y por quien Ramiro sentía una profunda aversión. El origen de la misma databa ya de muchos años: Ramires y Cavalleiros eran familias vecinas, y cuando Gonzalo, muchacho de dieciocho años, estudiaba el preparatorio del liceo, Andrés, entonces estudiante de tercer año de derecho, lo trataba como a un amigo serio. Durante las vacaciones aparecía todas las tardes en la torre; y muchas veces, bajo los árboles de la quinta o paseando por los alrededores, le confiaba, como a un espíritu maduro, sus ambiciones políticas, sus ideas.



Gracia, la hermana de Gonzalo, con sus dieciséis años, se abría como una flor. Era pequeñita y frágil, con ojos verdes que la sonrisa humedecía y hacía lánguidos, una piel transparente, y cabellos magníficos, lustrosos y negros, que le caían hasta los tobillos y en los que se podía envolver toda, así menuda como era.



Miss Rhodes, la institutriz inglesa, había favorecido largas conversaciones de Andrés con Gracia, bajo las acacias del mirador, y hasta un cambio de cartitas por encima del muro. Con aquella debilidad que le ablandaba el alma ante la soberanía del amor, la buena mujer apoyaba a los jóvenes; admiraba, como todos, la amabilidad de Andrés, su cabellera romántica, la dulzura mansa de sus grandes ojos, la manera ardiente de recitar a Víctor Hugo. Ambas familias aprobaban las elecciones de los hijos, aunque sin exteriorizarlo demasiado.

SONRISITAS



Al obtener su título, todos pensaron que Andrés pediría la mano de Gracia; pero el nuevo abogado marchó para Lisboa, donde la languidez de sus ojos destrozó más de un corazón. Al regresar, después del verano, ya no arrastraba con impaciencia a Gracia, como antes, a las sombras de la quinta, sino que prefería quedarse en la sala, hablando de política. Y la joven se lamentaba de que no fuesen tan dulces las visitas de Andrés a la casa...



Por fin, en mayo, ya diputado, Andrés emprendió un largo viaje de estudio por Francia e Italia. Por los diarios supo Gracia la noticia; no hubo para la novia, casi la prometida, ni una palabra, ni una carta. Era un brutal ultraje que antaño, en el siglo XII, habría lanzado a todos los Ramires sobre el solar de los Cavalleiros. Ahora, el anciano Ramires, desfallecido, murmuró simplemente: —¡Qué villano! Gonzalo, rabiando, juró abofetear al cobarde; la buena miss Rhodes expresó en insultos su indignación, y todo terminó en las lágrimas que Gracia, durante semanas, escondió bajo las acacias del mirador.



Retomando el hilo de sus recuerdos, Gonzalo repasaba las tristezas que habían caído luego sobre la torre: la muerte del padre, los días melancólicos que vivía Gracia en casa de una prima que le había ofrecido su compañía... Allí fué donde conoció a José Barrolo, rico propietario, que la amó con una pasión profunda, casi religiosa, extraña en aquel joven indolente, gordinflón, de mofletes colorados como una manzana, y muy escaso de espíritu. Barrolo no conocía la dolorosa historia de Gracia, que nunca se había vulgarizado más allá de las arboledas de la quinta. Bajo el tierno patrocinio de la prima, noviazgo y casamiento se sucedieron en tres meses.

La boda fué fastuosa, y los novios, después de un corto viaje, dispusieron...



...su residencia en Oliveira, la ciudad donde Andrés, un año más tarde, fué nombrado gobernador civil. Barrolo trataba al nuevo funcionario casi con intimidad, y admiraba su talento, su elegancia, su posición política. Pero Gonzalo, que dominaba a su cuñado, cortó su entusiasmo:

Debes participar, por deber de alianza, de los rencores que en otro tiempo existieron entre Cavalleiros y Ramires. No visitarlo, no saludarlo siquiera.



Barrolo accedió, sumiso, sin comprender. Y esa misma noche contó a Gracia «la extravagancia de Gonzalo»: —Así, sin motivo, sin ofensas, sólo por causa de la política... ¡Un muchacho tan excelente como Cavalleiro! ¡Pudiendo formar él y nosotros un grupo tan agradable!



Las meditaciones de Gonzalo fueron interrumpidas por la visita de José Casco, un labrador respetado en toda la comarca por su seriedad y su notable fuerza. Casco propuso al hidalgo tomarle la finca en arrendamiento. La renta exigida —novecientos cincuenta mil reis— sobrepasaba sus posibilidades, y se alejó con la cabeza hundida en el pecho. Pero al día siguiente volvió, recorrió detenidamente la quinta, desmenuzó pedazos de tierra entre los dedos, contó los olivos, y haciendo un esfuerzo, propuso:
—Novecientos diez mil reis. —No, señor. La renta que he fijado es razonable. Ni un centavo menos.

Casco lanzó un profundo suspiro y aceptó los novecientos cincuenta mil reis. A la manera antigua, el hidalgo estrechó, como única garantía, la mano del labrador, que entró en la cocina a tomar un vaso de vino, limpiando en la frente el sudor de preocupación que le brotaba. Gonzalo sentía en sí toda el alma de un Ramires, como los del siglo XII, más firmes a su palabra que un santo a su voto, quienes exponían alegremente, para sostenerla, bienes, satisfacciones y vida.



Dos semanas después, al regresar de un paseo, le salió al encuentro su criado, diciendo:



Después, mientras comían...

¿Qué viento lo trae por aquí, amigo Pereira?

Me he atrevido a molestarlo, porque deseo, antes que aparezcan otras ofertas, conversar con usted sobre el arrendamiento de la quinta.

Pero ya traté con José Casco. Quedamos medio apalabrados, hace días... Fijé el arrendamiento en novecientos cincuenta mil reis...

Es una pena, porque yo pensaba ofrecerle un treinta por ciento más... Pero si está tratado...



Pero Pereira se rascaba la barba, desconfiado. Deseaba las cosas claras para que luego no apareciese algún disgusto. De acuerdo: no se había hecho la escritura. ¿Pero había o no había quedado palabra firme entre Casco y Gonzalo? Este se encargó de tranquilizarlo definitivamente: —¿Cree que si yo le hubiese dado a Casco mi palabra de Gonzalo Mendes Ramires, estaría aquí tratando, ni siquiera conversando con usted sobre el arrendamiento?

Siendo así, acepto. Queda palabra dada. El contrato lo firmaremos en Oliveira, cuando usted decida.

Mañana mismo; precisamente había dispuesto una visita a casa de mi hermana y aprovecharé el viaje. Yo pasaré por su casa.

Cuando Pereira se hubo marchado, Gonzalo saboreó la excelencia de aquel negocio. ¡Renta superior a la calculada! ¡La quinta, cuidada por Pereira, rendiría maravillas! La mañana había sido estupenda. Y, realmente, ningún acuerdo firmado lo ataba a Casco. ¡Qué insensatez la suya, si por escrupuloso respeto a una simple conversación, hubiera rechazado a Pereira! Felizmente, todo estaba solucionado.

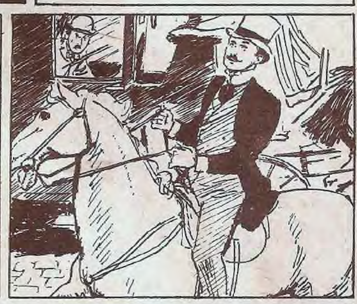
Pero aquella noche, después de la cena, entró en la biblioteca, apenas iluminada, para buscar una caja de cigarros. Y casualmente, a través de la ventana abierta, observó que un hombre, abajo, en la sombra de los árboles, rondaba, espiaba... Se fijó bien, y le pareció reconocer los poderosos hombros de Casco. Curioso, apagando el ruido de los pasos, se acercó al balcón. La figura había desaparecido bajo los árboles de un sendero.



A la mañana siguiente, decidió ir a Oliveira. Poco después, elegante y airoso, se dirigía hacia la pequeña ciudad. Los pensamientos de siempre lo rondaban: «Un joven como yo, inteligente y preparado, no debe enterrarse en el campo, entre la hiedra y la polvareda de las cosas inmóviles, como la torre. ¡La torre! Debo repetir las hazañas de mis antepasados, conquistar la gloria, la admiración y la veneración de las gentes». Y el camino se le presentaba en seguida: edificar, sobre la base de su inmenso nombre histórico, una reputación política, ganar una banca en el parlamento, influencia en su comarca. Pero esto, tan dulcemente soñado, lo veía muy remoto. ¡Casi inconquistable!



Y ensimismado en estos pensamientos, Gonzalo entraba poco después en Oliveira. Justamente al llegar frente a la casa de su hermana, se cruzó con el gobernador, Andrés Cavalleiro, montado en un caballo que hería las losas con soberbia y garbo. Desde el fondo del coche, Gonzalo lo sorprendió levantando los ojos hacia las ventanas de su cuñado. Y dándose un golpe en las rodillas, rugió sordamente: «¡Qué miserable!»



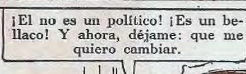
Ya en la casa, después de cambiar afectuosos saludos, desahogó su indignación:



Cuando, después de almorzar, Gonzalo se preparaba para concretar su negocio con Pereira, abajo, en la calle, las patas de un caballo hirieron las piedras. Gonzalo se acercó a la ventana, y, al divisar a Cavalleiro, se volvió a su cuñado, diciendo con furia:

¡Esto es una provocación! ¡Si ese atrevido de Cavalleiro pasa otra vez, tendrá que vérselas conmigo!

Pero, Gonzalo, me pareces exagerado... Todo ese escándalo por causa de la política...





Mientras se vestía, Gonzalo rumiaba su enojo: fatalmente, apenas llegaba a Oliveira, encontraba a ese hombre frente a la casa de su hermana. Y lo que más le dolía era percibir en el corazón de Gracia, cariñoso y débil, una obstinada raíz de ternura hacia Cavalleiro, muy enterrada, pero aún vivaz, que fácilmente podría reflorecer... Y no había en aquella ociosidad pueblerina nada que la defendiese: ni la superioridad del marido ni el encanto de un hijo. Sólo la amparaba el orgullo, cierto respeto religioso por el nombre de los Ramires.

Sin cesar en sus reflexiones marchaba Gonzalo poco después hacia la casa de Pereira, cuando le salió al paso Guedes, el notario, quien, indignado, le espetó a boca de jarro:









Gonzalo siguió caminando con el deslumbramiento de quien hubiese descubierto un tesoro. Tenía «el escándalo», el magnífico escándalo que tanto había buscado para aplastar al gobernador. Y, por una merced de Dios, el «escándalo» arrancaría también al hombre del corazón de Gracia. Toda Oliveira se revolvería contra la autoridad arbitraria, y Gracia no resistiría aquel desengaño. El se encargaría de libertar a la ciudad de un gobernador detestable y a su hermana de un sueño funesto.

Velozmente volvió a la casa de Barrolo. Al ver a su cuñado en la sala, le gritó, mientras corría a su habitación:



Subió a saltos las escaleras. En su habitación se sentó inmediatamente ante la mesa, y, sin titubear, redactó un artículo contra Cavalleiro, que publicaría en «La Gaceta de Porto». El título era fulminante: «¡Monstruoso atentado!» Contaba luego el suceso, cargando las tintas, e imprimiéndole un tono melodramático, que, sin ninguna duda, conmovería a toda Oliveira.



Eran casi las seis cuando bajó a la sala, resplandeciente. Gracia tocaba en el piano un fado, y Barrolo, extendido en un canapé, leía una historia de crímenes.





Bajo los dedos de Gracia, el fado desfalleció en un murmullo. Gonzalo refirió la lamentable historia, con toda la violencia y la intención de que era capaz. Al terminar, el fado se dispersó por el teclado, en un tumulto de gemidos. Gracia no se movía del taburete, con los dedos entorpecidos en las teclas. Súbitamente, Gonzalo notó en aquella inmovilidad, el despecho que la traspasaba. Impresionado, para evitar que algún sollozo se le escapase a Gracia, se acercó al piano y tomó con cariño los hombros humillados, que se estremecieron:



Al día siguiente regresó Gonzalo a su casa, no porque temiese una disputa con Cavalleiro —su artículo debía aparecer dos días más tarde—, puesto que se había escudado tras un seudónimo, sino «por discreción», como le manifestó a Barrolo. Cabalgaba rumiando su triunfo en el más apacible atardecer, cuando, de una calleja, desembocó un cazador, con la escopeta a la espalda y seguido por dos perros. Era un mocetón airoso que, en el pisar de los zapatones, en el movimiento de la cintura, en la manera de levantar el rostro, rebosaba arrogancia. Se detuvo ante Gonzalo, fijando en él, con desdén, los hermosos ojos. Después siguió andando despreciativamente, sin apartarse de la yegua, casi tocando la pierna del hidalgo con el caño de la escopeta.



Gonzalo espoleó a la yegua, sobrecogido por aquel maldito temor que siempre, ante cualquier peligro, ante cualquier amenaza, lo obligaba irresistiblemente a encogerse, a retroceder, a huir. Abajo, en el puente, avergonzado, detuvo el trote y miró para atrás. El mocetón, apoyado en la escopeta, riendo, lo desafiaba. Gonzalo salió al galope por el camino sombreado de álamos.



Avergonzado y pesaroso, pensaba en sus abuelos formidables. ¡Cómo contrastaban con su debilidad! Claro que si las acciones de aquéllos no revivían en el nieto, en él se continuaban por la elevada comprensión del heroísmo... Dentro de su espíritu era, pues, un buen Ramires, un Ramires de nobles energías, no hazañosas, pero sí intelectuales, como competía a su época. El sabría exaltar en su novela el valor de los Ramires de antaño.

Embebido en estas reflexiones que lo consolaban, no reparó sino cuando lo tuvo delante, en un hombre alto y corpulento, que traía en el hombro la aguijada. Gonzalo reconoció en él a José Casco, quien se detuvo y pronunció duramente el nombre del hidalgo. Entonces, con un salto en el corazón, Gonzalo se paró forzando una sonrisa amable.











Levantó la aguijada... Pero, en un chispazo de razón y respeto, gritó a través de los dientes apretados:



Gonzalo corrió al galope, en una carrera de liebre acosada. En un escondrijo de ramas y piedras, se agachó, jadeando. Al rato, animado por el silencio y por la calma, abandonó el abrigo y reanudó la carrera. Al llegar, su rostro descompuesto llamó la atención de sus criados. Pero la explicación de Gonzalo los tranquilizó: había sido Casco, borracho, avanzando contra él sin conocerlo, con una enorme hoz. Y él, delante del bárbaro, con un bastoncito. Pero, decidido, arremetió ferozmente, acosó a Casco, quien por último retrocedió y se metió en el bosque, gruñendo...



Pero luego, a solas con sus reflexiones, no cesaba de pensar en la osadía de Casco. Por primera vez en la historia de Portugal, un labrador de aquellas aldeas, crecidas a la sombra de la casa ilustre, atacaba a un Ramires. ¡Y brutalmente, levantando un palo! ¡Qué diferencia con aquella época en que los hombres doblaban la rodilla cuando pasaba el señor de la torre! Pero Casco no podía quedar sin castigo: debía ser arrestado y encerrado ...

No bien hubo terminado la cena, mandó llamar a dos mozos de labranza para que, armados, lo acompañasen a buscar al administrador del Concejo, a quien daría cuenta del atropello para que castigase al agresor. La noche envolvía los campos en sosiego y frescura; en el silencio, los rudos zapatones de los jornaleros resonaban cadenciosos. Y adelante, Gonzalo, con el cigarro encendido, saboreaba aquella marcha, ¡en la que de nuevo un Ramires atravesaba los campos con hombres de su bando, armados y decididos!



Ya en casa del administrador, éste lo recibió con una pregunta:







Y a continuación, el administrador habló a Gonzalo de la influencia extraordinaria de que gozaba Cavalleiro en el gobierno. La elección de marras sólo se decidiría por el deseo personal de aquél; al presunto diputado le bastaba con ser cavalleirista para tener asegurado el triunfo. ¡Por ese distrito únicamente saldría diputado quien Cavalleiro quisiese! Por otra parte, el administrador reveló confidencialmente a Gonzalo que su enemigo ansiaba reanudar las relaciones, porque «entre los muchachos de esta generación, ninguno con más seguro y más brillante futuro en la política; lo tiene todo: gran apellido, gran talento, seducción, elocuencia... Y yo, que conservo por Gonzalo el antiguo cariño, quisiera ardientemente llevarlo a la Cámara».





El pretexto pareció de perlas al administrador y quedó convenido que a la mañana siguiente Gonzalo comenzaría la empresa. Ya de regreso, el hidalgo sintió que en su vida, estrecha y solitaria, se abría un aireado espació lleno de actividad y abundancia. Era que el muro dentro del cual se imaginaba irreparablemente encerrado, de repente se quebraba. Ante él brillaba todo lo que había soñado. Claro que extendiendo los brazos hacia Cavalleiro ganaba la elección. Pero este gesto importaba la entrada triunfal de Cavalleiro en la tranquila casa de Gracia... ¡No, no podía hacerlo! Sin embargo, si no lo hacía, perdería tal vez la única oportunidad segura, y seguiría quieto y mudo, cubriéndose de musgo como su inútil torre. Por otra parte, ese recelo constituía una repugnante injuria a la seriedad de su hermana, y por lo tanto debía desecharlo con el corazón tranquilo. Quedaba, sin embargo, la propia humillación. Sería el triunfo desbordante de Cavalleiro. ¡Era muy duro! Mas por encima de todo estaba la gloria de su familia. No quería conformarse; ya no le bastaba ser el evocador de las hazañas de sus abuelos. Deseaba él mismo influir activamente en el destino de su patria. Y esta razón terminó por decidirlo.

Pero había otra que apenas si se animaba a confesarse: él ya no podría caminar por la carretera, sabiendo que a su alrededor rondaba Casco con su escopeta. Y, para no retornar a las costumbres bravías de sus abuelos, necesitaba que su enemigo estuviese inmovilizado. Era, pues, improrrogable, correr a la Gobernación. Luego, la Providencia decidiría...



La culpa no es seguramente mía...

Después de tantos años, Gonzalo, sería más prudente no hablar de culpas, sino recordar la antigua amistad, que, por lo menos en mí, se conservó la misma, leal y sincera.



Ambos balbucearon aún algunas lamentaciones. Y casi insensiblemente se trataron de tú. Gonzalo contó la osadía de Casco, y Cavalleiro, indignado, dió en seguida una orden para que fuera arrestado. Después hablaron de la muerte de Sanches Lucena, de la diputación vacante, y fué el gobernador quien aludió directamente a la cuestión:



Ante esa solicitud, tan sincera y conmovida, que rogaba en nombre del país, no cabía sino ceder. He ahí atravesada la brecha, sin rasgones en su orgullo o en su vanidad. Después hablaron de mil detalles: Andrés saldría esa misma noche para Lisboa, con objeto de conferenciar con el ministro e imponer a Gonzalo como candidato seguro y conveniente por el nombre, por el talento, por la influencia, por la lealtad.



Se estrecharon después en un fuerte abrazo, y Gonzalo abandonó la gobernación sintiéndose diputado. Mientras viajaba hacia su casa, pensaba que toda esa campiña, todos los pueblos que divisaba desde la ventanilla del coche, serían representados por él en la Cámara. ¡Y bien dignamente que los representaría! Ya tenía pensadas las palabras con que respondería al discurso del Monarca...



Gonzalo pasó dos días de terrible ansiedad. Ninguna noticia llegó a la otra mañana, y Gonzalo pasó la tarde espiando la carretera polvorienta por donde aparecería el repartidor de telegramas. Toda la noche, sin sosiego, imaginó a Cavalleiro traicionando su candidatura, burlando su confianza. Meditaba al día siguiente en la venganza, harto cruel, de que haría objeto al gobernador, cuando el ansiado telegrama llegó por fin. Lo arrebató de manos del criado, y devoró de un vistazo las benditas líneas: «Ministro acepta. Todo arreglado». El resto era para recordar que el domingo almorzarían juntos. En su desbordante gratitud hacia Cavalleiro, ideó Gonzalo una comida magnífica, ofrecida por su cuñado, cimentando la reconciliación de ambas familias. Y recomendaría a Gracia que, para honrar más la fiesta, se pusiese el magnífico collar de brillantes, la última joya histórica de los Ramires.

Sus alborozados proyectos fueron interrumpidos por la entrada de su criado:

Señor, ha llegado la mujer de Casco, lamentándose. Parece que le prendieron al marido. Apareció bajo la lluvia con los niños, uno de pecho... Quiere por fuerza hablar con usted.

¡Qué fastidio! ¡Ese hombre me quiso matar! ¡Y ahora, encima, caen sobre mí las lágrimas, las escenas! En fin, hazla pasar.

Apenas el criado obedeció, Gonzalo se sintió sobrecogido por el espanto de aquella aflicción estridente que se precipitaba hacia él.

¡Ay, mi señor! ¡Tenga usted compasión! ¡Que prendieron a mi marido y me lo van a mandar al Africa! ¡Que se quedan sin padre mis hijos! ¡Yo sé que él tuvo la culpa, pero tenga piedad de estas criaturas! ¡Ay, que me muero, si continúa preso!







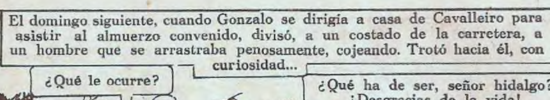
Terminaba Gonzalo de acostar al pequeño y prodigarle los más tiernos cuidados, cuando un rumor sordo lo hizo correr hacia la ventana; debajo de ella, un grupo numeroso agitaba sus sombreros y prorrumpía en estallidos aclamadores. En las guitarras rompió triunfalmente el himno nacional, y las voces del pueblo, por primera vez, vitorearon su nombre:

¡Viva el futuro diputado! ¡Viva el ilustre Gonzalo Mendes Ramires!

¡Viva la ilustre casa de Ramires! ¡Viva su digno descendiente!

Gonzalo, riendo halagado, extendió majestuosamente el brazo...







Y, gimiendo, le contó sus desventuras. Hacía meses que padecía de una llaga en el tobillo, que no se secaba ni con emplastos ni con exorcismos... A pesar de ello, había conseguido trabajo en una hacienda vecina, pero de repente, cae una piedra que tropieza con la herida, arranca la carne, astilla el hueso, y lo deja en aquella forma... Había tenido que hacer tiras de la camisa para contener la sangre...



Inmediatamente, con un ágil salto, Gonzalo se apeó.

Eso no. Aquí tiene mi yegua. Precisamente llevo esa dirección.

¡Santo nombre de Dios! ¿Y había de ir yo a caballo y usted a pie? ¡No, señor! Antes acabaría yo aquí mi pobreza, con la llaga gangrenada...



Sumiso ante aquella fuerza superior, el campesino agarró en silencio la crin de la yegua y colocóse un estribo ayudado por Gonzalo, que sin quitarse los guantes le levantaba el pie vendado.





Ya montado, el hombre no cesaba de murmurar, en la gratitud y el asombro de aquella caridad:



Así, orgulloso y turbado el uno, y contento y emocionado el otro, cruzaron la distancia que los separaba de la Finta. A su paso, los labriegos se quedaban mirándolos, absortos, con una curiosidad que los abrasaba. Nunca se había visto nada semejante: el mayor hidalgo de Portugal, a pie por la carretera, llevaba de la rienda, en su propio caballo, a un humilde labriego.

Después de dejar al campesino en su casa, Gonzalo apresuróse a llegar a la finca de Cavalleiro. El almuerzo fué una confirmación de la primera entrevista. Mientras recorrían el jardín, Cavalleiro anunció que al atardecer irían ambos a Oliveira, entrando por la calle principal a la hora del paseo. Sería el comienzo de la campaña. Gonzalo, consternado, pensaba en las risas perversas de toda la ciudad, ante una entrada tan aparatosamente fraternal. Pero de nada valió su consternación, y esa tarde, mientras la banda del regimiento alegraba con sus sones todos los ámbitos del pueblo, los dos amigos aparecieron al paso solemne de sus yeguas, ante el asombro indescriptible de los habitantes de Oliveira.



Después de recorrer en toda su extensión la calle principal, ambos amigos se despidieron. Gonzalo se dirigió a la casa de su hermana, donde lo aguardaban multitud de preguntas. Satisfizo todas lo mejor que pudo, y ante el gozoso asombro de su cuñado, le pidió que invitase a Cavalleiro a comer con ellos al día siguiente. Gracia aparentó un desinterés silencioso por...

...la reconciliación, por la elección, por la comida. Pero Gonzalo se daba cuenta de la turbación en que la ponía aquella entrada triunfal de Cavalleiro en su hogar. Y para tranquilizarse evocaba la seriedad de su hermana, su puro pensar, la altivez de su alma heroica. Hasta llegó a recelar de que Gracia, por cautela o por vergüenza, recibiese fríamente a Cavalleiro y le solicitó una sonrisa para el huésped...

Nunca había estado Gracia tan encantadora como el día del almuerzo: clara y fina, con los ojos refulgiendo, un delicado rubor transparente, todo un fresco brillo de flor regada, a pesar de la timidez que le inmovilizaba los dedos al mover la cuchara. Y a su lado, magnífico, Cavalleiro dominaba la mesa, levemente conmovido también...



Después del almuerzo, pasaron a la sala. Gonzalo recordó en el piano un vals de cadencia amorosa y cansada, y Cavalleiro, acariciándose el bigote, avanzó hacia Gracia, y con un tono entre grave y despreocupado le pidió:—¿Quiere usted hacerme el honor?...



Y le ofrecía sus brazos. Gracia, ruborizada, aceptó, dejándose llevar al compás de la música. Pequeña y ligera, se fundía en la fuerza de Cavalleiro, que la arrastraba en giros lentos, con el rostro inclinado, respirando sus cabellos magníficos. Gonzalo, nervioso, se sorprendía ante aquella familiaridad renovada por Cavalleiro con tan serena confianza, y por Gracia con tanto abandono. De los labios de Cavalleiro brotaba una sonrisa, un murmullo. Gracia palpitaba... Y Barrolo, extasiado, aplaudía cariñosamente:



Cuando Gonzalo regresó esa tarde a su finca, avistó cerca de la puerta de entrada a Casco que esperaba, pensativo y abatido, con el sombrero en la mano. Se acercó a él, forzando una sonrisa.



Y Gonzalo le alargó la mano con sencillez, mientras pensaba: «¡He aquí cómo se consiguen afectos gratuitamente. Porque, en fin de cuentas, ¿quién no impediría que una criatura con fiebre saliese de noche por una carretera obscura, bajo la lluvia y el vendaval? ¡Ah, qué fácil es ser rey, y rey popular!» La certeza de que sus bondades conquistaban, como en este caso, muy fácilmente a las gentes, lo animó a obedecer a Cavalleiro y a iniciar su propaganda política.

Montado en su yegua, iba por las quintas llevando caramelos a los niños, mantas a las viejas, palabras de elogio y de amistad a los jóvenes... Había aprendido a reír con los campesinos, a hablar a los pequeñuelos, a estrechar manos ásperas y rugosas, a encender el cigarrillo en las brasas de las cocinas. Y en todas las visitas, humildes o encumbradas, encontraba el mismo fervor, las mismas sonrisas de contento...









O en la casa de Adrián Pinto, donde éste y sus hijos asombraron a Gonzalo con el fervor con que se le ofrecían...

¿Para el hidalgo? Pues no hay más que hablar... Aunque se votase contra el gobierno, que es nuestro padre...







Soy yo el conmovido al saber que usted los acepta. Y ahora no hablemos más de ese mi pobre apoyo y de esos mis pobres votos...



Y, por último, en la taberna de Adega, donde un grupo de trabajadores bebía, alborotando Gonzalo celebró con ellos el vino y el barullo, y el más viejo mostró su entusiasmo golpeando el mostrador...

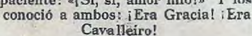
Este sí que es un hidalgo, muchachos, que cuando un pobre diablo se rompe una pierna, le presta su yegua, y va a su lado, a pie, más de una legua... ¡Muchachos, éste es un hombre; hay que acordarse de él!...



Los vivas atronaron la taberna. Y cuando Gonzalo montó, lo rodearon como vasallos, que a un gesto correrían a votar, o a matar.



Una tarde, después de la habitual recorrida, llegóse hasta Oliveira. En la casa de su cuñado le informaron que éste había salido desde muy temprano; en cuanto a Gracia, hacía bastante rato que se había dirigido a la iglesia vecina. Gonzalo fué entonces al jardín, con ánimo de aguardar allí la vuelta de los ausentes. Pero al pasar cerca del mirador, sintió un cuchichear perturbado. Una idea lo atravesó, y tan dolorosamente, que se separó con terror. Sin embargo, una desesperada curiosidad lo dominó, y acercóse nuevamente con la cautela de un espía. Alguien balbuceaba: «¡No! ¡No! ¡Qué locura!» Alguien urgía, impaciente: «¡Sí, sí, amor mío!» Y los reconoció a ambos: ¡Era Gracia! ¡Era Cavalleiro!





En los días que siguieron a su descubrimiento, no cesó de vibrar en el espíritu de Gonzalo una cólera que a todo se extendía... Cólera contra la hermana, contra su marido, contra Cavalleiro... Pero sobre todo, cólera contra sí mismo que, por la baja ambición de una banca, había derribado la única muralla segura entre su hermana y el antiguo novio. ¡Qué contraste entre el último Ramires, con aquellas gentes de antaño, de vidas tan triunfales y sonoras! ¡Ni siquiera había heredado de ellos la cualidad más simple: la valentía fácil. El había nacido con el defecto de mayor desdoro: esa flaqueza de la carne que irremediablemente, delante de un peligro, lo forzaba a retroceder, a huir. Era esa debilidad la que lo había abandonado a la influencia de Cavalleiro... ¡Qué miseria! Y el hombre vale sólo por la voluntad; sólo en el ejercicio de la voluntad reside el gozo de la vida.

Para disipar tan sombríos pensamientos, Gonzalo decidió efectuar una de las ya acostumbradas visitas de propaganda. Al poco rato se encontraba frente a una casa baja, con amplias ventanas y un huerto asombrado por una enorme higuera. Sentado junto a la puerta, un chiquillo acariciaba el hocico de un perdiguero. Gonzalo se dirigió a él, en procura de informaciones.



Siga por la carretera hasta aquel monte; después tuerza a la izquierda, siempre por el llano...

En ese instante asomó a la puerta un mocetón y Gonzalo reconoció al cazador que, poco antes de su encuentro con Casco, lo había desafiado en la carretera. El muchacho, dirigiéndose al chiquilín, y mirando con insolencia a Gonzalo, exclamó:



Gonzalo sintió que la sangre se le agolpaba en el corazón, en un tumulto confuso, de miedo y de rabia. Apretó las rodillas para echar a galopar. Y, con un esfuerzo que lo ahogaba...



El moceton agarró un cayado corto y saltó a la carretera...



Una nube turbó los ojos del hidalgo. Y de repente, en un árranque inconsciente, como impulsado por una ráfaga de orgullo y de fuerza que se desencadenara del fondo de su ser, erguido en los estribos, lanzó un golpe con su látigo, tan fuerte...



...que la oreja del contrincante quedó colgando entre un chorro de sangre. Dando un grito, el hombre retrocedió, tambaleándose; Gonzalo saltó sobre él, con arrojo, y dándole...

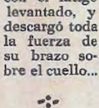




...otro golpe feroz, lo derribó. Las patas de la yegua pisoteaban al mocetón. Gonzalo golpeó desesperadamente hasta que el cuerpo del muchacho quedó inerte.

De repente, un tiro atronó el aire y Gonzalo avistó al chiquilín, aún con la escopeta humeante, pero ya dudando, aterrado.





Lanzó la yegua contra él, con el látigo levantado, y descargó toda la fuerza de su brazo sobre el cuello...



...del infeliz que, tambaleándose, fué a dar con la cabeza contra una cantería. Gonzalo, jadeante, detuvo a la yegua. ¡Los dos enemigos yacían inmóviles! El hidalgo sentía una alegría brutal.

ALÉGRESE



En ese momento divisó a un viejo que, agachado, trataba de entrar en la casa. Espoleó a la yegua para cortarle el paso, y el viejo quedó apretado contra la pared.



Y ante la orden de Gonzalo, el viejo empezó a caminar, encorvado. De trecho en trecho se detenía, fijando en Gonzalo su mirada torva, donde negreaban el miedo y odio... Corrida una milla, el hidalgo se detuvo: antes de que el hombre volviese a la casa, agarrase un arma y tratara de vengarse, estaría él en la torre. Entonces gritó con el entrecejo fruncido:



Después galopó hacia la torre. Una alegría tan grande lo había invadido, que iba como lanzado en un delirio. Al salir de su casa, no se hubiera atrevido a enfrentar a un muchacho armado con una vara, y de repente, cuando el bruto lanzó la injuria, algo que se desprendía de su ser lo invadió y le llenó cada vena de sangre ardiente, y le endureció cada músculo con una fuerza desconocida, y le impregnó el alma de indomable fortaleza. Y ahora volvía como un hombre nuevo, soberbiamente viril, libertado al fin de la sombra torpe de su miedo. ¡Al fin era un hombre! Y de repente le pareció que su torre era más suya, y que una afinidad nueva, basada en la fuerza, lo hacía más señor de sus posesiones.



En su finca lo esperaban Gracia y Barrolo, quienes, extrañados por su ausencia, habían decidido visitarlo y comunicarle que al día siguiente debía encontrarse en Oliveira, pues Cavalleiro le tenía preparada «una sorpresa». Gracia y Barrolo oyeron con entusiasmo y admiración el relato de la aventura de Gonzalo. Pronto se reunieron a las puertas de la finca gran número de curiosos y de admiradores, quienes expresaron entusiastamente la alegría con que recibían esta muestra del coraje del hidalgo.

Acallado el vocerío y tranquilizados los ánimos, Barrolo llevó aparte a su cuñado, para darle cuenta de una novedad.



Y Gonzalo leyó:

«Ha demostrado usted mucha inteligencia llamando a su intimidad al gentil Cavalleiro. Su esposa, que andaba tan abatida, inmediatamente refloreció y ganó en colores. Nuestros sinceros parabienes.»





Gonzalo, por su parte, apoyó las seguridades de su cuñado y poco después se dirigía al encuentro de Gracia, llevando consigo la carta.



Barrolo se rió. Y yo también. Pero tú sabes lo que son estos pueblos. Yo tengo la culpa; bien arrepentido estoy. Gracia, el pasado ha muerto, y todos precisamos, por nuestro honor, que continúe muerto. Por lo menos que por fuera, en cada gesto tuyo, parezca bien muerto. ¡Soy yo quien te lo pide, por nuestro nombre!



Entre los brazos del hermano, ella gimió con infinita dulzura:

Pero ¡es que él no está! ¡No quiso estar más en Oliveira!

Ya lo sé. Y ello me prueba que has sido fuerte... Y ahora cálmate. Eso sólo fué un incidente. Y provocado por mi liviandad... Pero ya pasó, está todo olvidado. Y cuando bajes, ten los ojos secos.

Gracia, ante la tierna comprensión del hermano, sintió que se deshacía, insensiblemente, la sombría tormenta de su corazón. Casi no comprendía ahora cómo un sentimiento que a través de sus ansiedades, justificaba, casi santificaba por saberlo único y desearlo eterno, se acababa, sin dilaceraciones, dejando apenas una vaga nostalgia, extrañeza y confusión, restos del antiguo incendio, formando una ceniza fina...

Al día siguiente, como lo había prometido, Gonzalo se dirigió a casa de su cuñado, para enterarse de la «sorpresa» que le tenía reservada Cavalleiro. Cuando el Gobernador entró en la sala, pausado y magnífico, Gonzalo sintió una renovada aversión por toda aquella petulancia llena de falsedad, y apenas pudo palmear levemente en las espaldas del amigo, que lo estrechó en un abrazo de aparatosa ternura. Poco después, el misterio se esclarecía:





Pensé que uno de los primeros hidalgos de Portugal, seguramente el primero, debía tener un título que consagrase la antigüedad ilustre de la casa y el mérito superior de quien hoy la representa... Por eso, mi querido Gonzalo, intercedí ante el Rey, y hoy puedo anunciarte, en su nombre, que vas a ser Marqués de Treixedo.



Una ola de sangre cubría el rostro de Gonzalo. Instantáneamente comprendió que el título era una merced de Cavalleiro, no al jefe de la casa de Ramires, sino al hermano de Gracia... Y sobre todo, sintió lo absurdo de que, al jefe de una casa diez veces secular, madre de dinastías, constructora del reino, se le tirase ahora un título hueco, como a un tendero enriquecido que hubiese financiado unas elecciones.

¡Oh, Marqués de Treixedo! Ciertamente muy elegante, muy lindo...



Pero, querido Andrés, ¿con qué autoridad me hace el Rey Marqués de Treixedo?

¿Con qué autoridad? ¡Sencillamente con la autoridad que tiene sobre todos nosotros, como Rey de Portugal que es!



Perdón, Andrés: Aún no había reyes de Portugal, ni siquiera había Portugal, y ya mis abuelos tenían solar en Treixedo. El Rey tiene una quinta: el Roncón. Pues dile al Rey que tengo un inmenso placer en hacerlo a él Marqués del Roncón...



Barrolo estaba pasmado, sin comprender. Gracia estallaba de placer ante aquel espléndido orgullo que tan bien correspondía con el suyo. Cavalleiro...



El domingo siguiente se celebraron las elecciones. Aun con desconfianza, Gonzalo deseó pasar ese día a solas, casi escondido. A cada momento, el criado entraba en la biblioteca alcanzándole telegramas que enviaba Cavalleiro: «Todo óptimamente». «Victoria indiscutible». Cerca de las veinte, ya conocía su triunfo espléndido. Toda la comarca había salido para votar, con Casco al frente, levantando una bandera entre dos tambores que redoblaban. Delante de la taberna, la gente alzó un arco de mirto con esta leyenda: «Viva nuestro Ramires, flor de los hombres». Músicas por las calles, el casino embanderado, la casa del ayuntamiento con un retrato de Gonzalo entre luces y una multitud aclamándolo...



Era, pues, popular. Por todas las aldeas extendidas bajo la sombra de la torre, su nombre era vitoreado. Y esta certeza no lo llenaba de alegría ni de orgullo; más bien lo llenaba de confusión, de arrepentimiento. ¡Diputado!



Y ante este resultado tan insignificante, tan trivial, todo su esfuerzo sin escrúpulos le parecía risible. Diputado para llegar en coche a la cámara, adentro bostezar, desfilar ante sonrisas serviles, sufrir los ataques de los enemigos... Y para conseguir eso abrazó ante Oliveira pasmada al hombre detestado y envolvió a Gracia, el ser que más amaba, en confusión y penas. ¡Qué vida estúpida le esperaba, mientras otras, tan llenas y soberbias, palpitaban bajo las mismas estrellas! Por el camino de estas reflexiones, dos hechos se le imponían: un día en la carretera, levanta el látigo y descubre su fuerza; otro día se adelanta por entre el pueblo y descubre su inmensa popularidad. Es, entonces, fuerte, y su fuerza se advierte y se aclama. En él podían los Ramires del siglo XII reconocerse de verdad. Pero era necesario dejar la pequeñez que lo rodeaba, alejarse del triunfo fácil y del prestigio más fácil aún, y desarrollar en una acción realmente grande las potencias de su alma. Por eso una tarde, tomada la decisión, escribe a Gracia: «Pronto dejaré la torre y me embarcaré para el Africa»



... se alejaba de Portugal. Desde la popa del barco que lo conducía a tierras extrañas, inmóvil, como si la energía de la antigua raza que había pasado por la torre refluyese a su corazón, meditaba en la lucha futura, ardua y desolada. Trabajaría, haría bien a los hombres, pondría su inteligencia al servicio de los ideales más generosos. Lograría, por fin, añadir un brillo nuevo al ilustre nombre de los Ramires. Riquezas puras lo dorarían, y la patria habría de elogiarlo, porque él, en un esfuerzo pleno, la había servido bien...



Cuatro años pasaron ligeros sobre la vieja torre. Una tarde de fines de septiembre, Gracia, que había llegado la víspera de Oliveira, acompañada por las criadas y su confesor, el padre Soeiro, descansaba en el balcón del comedor. Todo el día había andado por el caserón, ordenando y limpiando, poniendo un enternecido interés en el trabajo. Era que la torre adornaba su vejez porque el domingo, después de los cuatro años de Africa, Gonzalo volvía a ella.





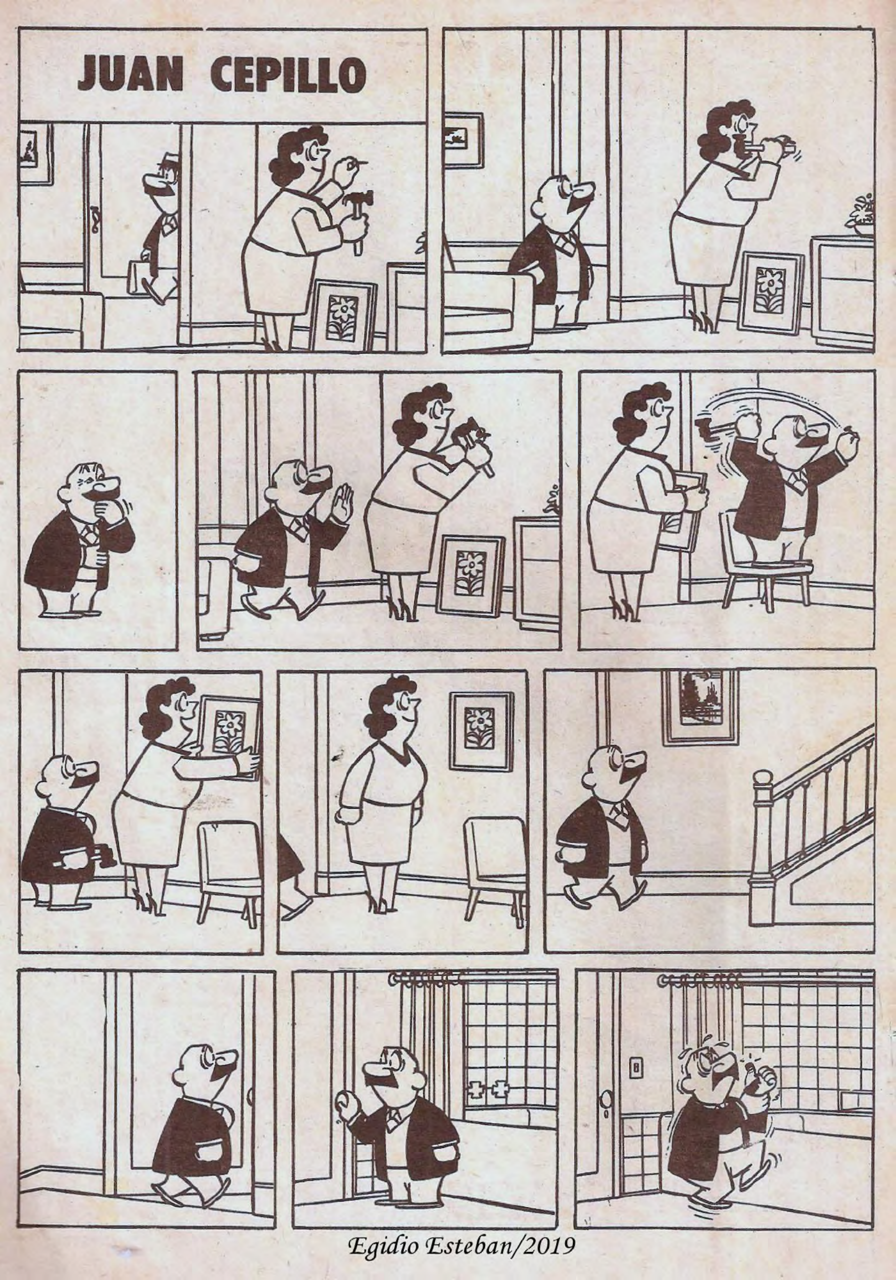




Pues mucho me alegraría que el «encuentro» nos restituyese a Gonzalo para siempre. Bien merece el hidalgo la paz que aquí lo espera.

En el cielo claro una estrellita titilaba sobre los campos adormecidos. Y el padre Soeiro, en el silencio y la dulzura de la tarde, pidió esa paz de Dios para Gonzalo, por su inmensa bondad, por su franqueza, por sus arrebatos y entusiasmos, por su generosidad, por su sentido del honor, por su humildad, hasta por esa desconfianza terrible de sí mismo, que lo acobardaba, hasta que un día se decide y aparece como un héroe que a todo se atreve. El último héroe de la ilustre casa de Ramires, honra de esa familia pegada a la vieja torre desde hacía mil años.

FIN


JUAN CEPILLO
Egidio Esteban/2019

ALMANAQUE CRIOLLO

¡AHI ESTÁ EL LADRÓN DE MIS PILCHAS, SARGENTO!

Gutiérrez XV

Consejos del Viejo Irala
por Alberto Vacarezza



Yo no sé si alcanzarás
a seguirme en este viaje...
aunque es pobre mi plumaje
como lo habrás alvertido,
NO HAY GAUCHO MEJOR VESTIDO
QUE EL QUE USA SU PROPIO TRAJE.

FEBRERO 1966

20 - 21 y 22 - Carnaval

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
*	*	1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	L. Llena 5	C. Meng. 12	L. Nueva 20	C. Crec. 27	*

MARZO 1966

27 - Domingo de Pasión

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Llena 6	C. Meng. 14	1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31	L. Nueva 20	C. Crec. 29

Lea, en el próximo



EL MISTERIO DE LA MINA ABANDONADA, por J. M. Flynn

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

UN JAVERT DE LAS PAMPAS, por Héctor P. Blomberg

UN SOBRE ROSA PERFUMADO, por Gonzalo Hernández

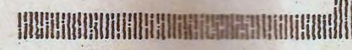
LA BELLA DE HONG-KONG, por Bix Foster

LA REINA FLORIANA, por J. E. Hartzenbusch

EN LA ENCRUCIJADA, por Josephine Bernard

LAS SIETE LLAVES, por C. y M. Logan

GILBERTO, por Julie Claretie



DOCTOR KILDARE, por Ken Bald



AÑO XV Nro. 120

DIRECTORES: RAMON COLUMBA (h.), CLAUDIO COLUMBA (h.)



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45-1145 y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 857.392 de la
Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

Impreso en BLONDATEX * Febrero 1966



















PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE

SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-3

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: ____________________

Calle y Nº: ____________________

Localidad: ____________________

Provincia: ____________________

Ocupación: ____________________ Edad: ______